
CONSIDERACIONES SOBRE EL ESPÍRITU DE LA POESIA FRANCESA I ESPAÑOLA, *discurso de incorporacion en la Academia Chilena, correspondiente de la Real Academia Española, por don Manuel Blanco Cuartín.*

Señores:

Como reconozco mui superior a mis merecimientos el honor que me habeis dispensado dándome un asiento en esta honorable Corporacion, he creido que la mejor manera de corresponderlo es ofreceros este estudio, que si bien no llena mi deseo, manifiesta, por lo ménos, el empeño que he puesto en trabajarlo.

Dignaos, pues, oirme con benevolencia.

Entro en materia.

Poesia Francesa

I

Es indudable que los primeros acentos de la humanidad han sido los del dolor i la pena: la amargura es el primer licor que bebe el hombre apénas aparece en este mundo, que, solo por ironía, ha podido llamarse banquete de la vida. El vestíbulo de la existencia no ha sido ni podido ser, atendida su organizacion moral i física, mas que el crepúsculo de un dia de tormento, que la entrada al mundo del desengaño, a que parece haber sido condenada la especie humana en un momento de cólera del Altísimo.

Esta misma sentencia fatal que pesa sobre el hombre considerado como individuo, ha sido la que lleva impresa sobre su frente la sociedad humana; sentencia que, como marca impuesta por una mano eterna, no ha podido ni podrá, sean cuales fueren las faces de civilizacion i ventura que alcance, desaparecer de su rostro por mas que se diga poseedora del secreto de un progreso infinito.

La misma facultad de sentir el dolor, desarrollada en el hombre no bien hubo abierto sus ojos a la luz, parece ser, por un contraste maravilloso, el origen de aquel don, poder, o como quiera llamársele, que asimismo ha recibido del cielo para trasladar en notas musicales los quejidos internos de su alma, la inspiración que, desprendida como chispa eléctrica de su cerebro, ha pasado a incendiar su ser entero.

Si rastreamos en el origen de las sociedades humanas, vemos que los primeros triunfos, goces, dolores i esperanzas que ha podido conseguir el hombre formando ya una familia, ya una tribu o una nación, han tenido por lengua o por intérprete inmortal esa armonía con que, sin duda, ha querido la Providencia endulzar los sufrimientos del ser humano o paliar el mismo acerbo rigor que con el ha observado.

La poesía, pues, ha sido el lenguaje común que ha tenido el hombre para expresar sus pasiones, para transmitir las, para inocularlas en sus semejantes; para ennoblecerlas, i hasta para poder hacer mas duraderos de lo que es su frágil existencia, los momentos de ternura i embriaguez que por acaso vienen a aletargarle, i que no quisiera dejar sepultados en el olvido por aquel instinto de inmortalidad que lleva apegado a su corazón, no obstante la volubilidad i miseria que le constituyen.

La lei de *sociabilidad*, sobre todo, que le empuja irresistiblemente a cambiar con los individuos de su especie no solo sus ideas, su pensamiento, sino sus servicios i pasiones para comun satisfacción de sus necesidades ¿podría concebirse sin esta facultad de sentir, sin este mismo poder que lleva hasta hacer cadenciosos i cantables los punzantes quejidos del tormento, los fogosos arranques del deseo i hasta aquellas agonías, que, no sueltas al aire por el lirismo innato del hombre, harían trizas las paredes de su pecho?

Considerado bajo el aspecto múltiple en que debe apreciarse por el filósofo, la poesía no puede ménos de aparecer a nuestros ojos como el conjunto de las facultades que llamamos morales, i sin las cuales el alma humana no sería absolutamente comprendida.

Efectivamente, las facultades de la inteligencia, aquellas que los ideólogos han analizado en el ser pensante, dejarían de ser lo que son para los que pueden darse cuenta de sus modificaciones, si no tuvieran como equilibrio el poder de la sensibilidad en todas las faces que pueden ofrecer las variadas evoluciones de lo que en el mundo se llama corazón i se considera como foco de todos los

arranques jenerosos del hombre. El sentimiento, hemos dicho; i el sentimiento, lo repetimos, es lo que puede probar i prueba mas que nada, el papel que está llamado a desempeñar en la tierra. I ese sentimiento no es otra cosa que la *poesia*, que aquel don del cielo que nos permite dar alas al deseo, ensanche a la esperanza, voz al dolor, armonía, en fin, a aquel conjunto de ilusiones i sinsabores que se disputan a todas horas i en todas épocas la vida transitoria de los mortales.

Apreciándola bajo este carácter, las sociedades, apénas han podido darse cuenta de su sociabilidad, del ejercicio de sus mútuas obligaciones i derechos, es preciso que hayan tenido un idioma comun con que celebrar a los que juzgaban dignos de su amor i admiracion, como asimismo con que pintar los transportes de su fantasia i la rápida evaporacion de sus quimeras.

De aquí viene que esa poesia de los primeros tiempos de la vida de los pueblos, sencilla, crédula como ellos, inocente como sus goces, no haya podido ménos de ser, como lo es en realidad, el reflejo de su civilizacion; i tanto mas exacto cuanto que puede verse en cada uno de esos acentos una esperanza, una ilusion o, mejor, el modo de ser que asumian, el aspecto bajo el cual se presentaban en la infancia de su historia.

¿No tiene cada pueblo, por miserable que sea, su poesia propia? ¿No tiene el salvaje del Orinoco sus cantares para expresar, ora su amor i sus delirios, ora los huracanes de su indómita cuanto selvática naturaleza? Nuestros araucanos ¿no conservan todavia las modulaciones que sirvieron para excitar hace tres siglos el patriotismo no vencido de sus mayores contra la rapacidad de los que a nombre de la religion vinieron a conquistarlos? I ese canto, esos aires guerreros, esa armonia, ya aguda i traspasadora como sus lanzas, ya pesada como sus mazas ¿qué significa, qué carácter tiene, bajo qué punto de vista debe considerarse? ¿No es el sentimiento, preguntamos, no es esa facultad ya nombrada, ese poder de armonia que vive en el hombre, ni mas ni ménos que en la flor de los campos i en el astro que vemos resplandecer en los cielos? En este concepto, la *poesia* ha debido seguir el desenvolvimiento de la intelijencia, la cultura i suavidad de las costumbres, la delicadeza de los usos, i así ha sucedido i no ha podido ménos de ser así.

Si tomamos por ejemplo a las naciones europeas para confrontar con sus hechos históricos nuestro pensamiento, ¿cómo se explica la *Iliada*? ¿Qué papel hace Homero? De seguro que el filólogo,

el historiador i el filósofo estarán acordes en tomar aquella magnífica epopeya como la verdadera historia de la Grecia primitiva, como el monumento mas certero para poder apreciar la infancia de aquel pueblo, el valor de sus héroes, las creencias jenerales, i hasta para poder llegar, de deduccion en deduccion, al análisis de los elementos que forman el organismo de las naciones.

Si Homero ha sido realmente un hombre, si ha sido un magnífico poeta, un sublime cantor, o si la Grecia fué solo la que transmitió, bajo el nombre de Iliada, los hechos mas gloriosos de su historia, todas estas dudas o aseveraciones en nada contradicen mi pensamiento; pues, fuera de Homero el eco del comun sentir de su patria, o ésta la que cantara sus propios triunfos bajo este nombre, siempre se verá que el sentimiento, bien sea en el individuo mirado aisladamente, bien de una mirada colectiva, es inseparable de lo que llamamos poesia, o mejor, que es ella misma, solo mas o ménos atabiado por los primores del arte.

Si echamos la vista sobre el pueblo romano, es decir, sobre el mundo antiguo en tiempo de su mayor grandeza i civilizacion, las mismas reflexiones que hemos hecho hasta aquí, se nos presentan, i si es posible, tomando una forma consistente i precisa. Ciertamente, el Imperio Romano, majestuoso hasta en su corrupcion, grande e imponente aun en medio de sus viciadas instituciones i bárbaras costumbres, no ha podido tener mejor tela en que retratar todas las variadas mudanzas de su organizacion social i política que los cantos de sus poetas, que aquellos acentos inmortales que pintan todavía tan al vivo, a pesar del trascurso de dos mil años, no solo el modo de ser de aquel coloso, sino hasta el mas insignificante de sus usos i la mas imperceptible de sus preocupaciones.

Elegante i pomposo bajo Augusto, Virjilio, Horacio i Ovidio, son el fiel trasunto de aquel reinado: dulzura, amor, filosofia, adulacion, intriga: todo puede verse en estos vates sublimes. El uno, ennobleciendo los arranques de la materia, haciendo de Dido, viva representacion de las pasiones mujeriles, la personificacion de los elevados pensamientos i heróicos sacrificios que nos complacemos en figurarnos en la mitad mas bella del linaje humano; el otro, endulzando la tímida rastrería que deslustra o apaga los sonoros acordes de su lira con versos tan tristes como melodiosos, son, indudablemente, los mejores historiadores que ha podido tener aquella época, la mas espléndida i soberbia del paganismo. Corrompido el Imperio por Tiberio, Neron, etc., bastardeadas las

bellas e inmortales instituciones de la república, envilecido el corazón hasta el punto de ser sordo a la gloria i al amor; estragadas las costumbres que, aunque muelles en tiempo de Augusto, eran indudablemente elegantes, Catulo i Petronio pueden servir, a no dudarlo, para comprender hasta qué grado puede llegar el vicio en la locura humana, hasta qué escalon descender la intelijencia del hombre i hasta en qué abismo puede sepultarse la gloria de los pueblos.

II

En la edad media, crédula, supersticiosa, sombría, ignorante, el hombre duerme toda esa noche de mil años, ora mecido por los sueños, alegres hijos de la supersticion, ora amedrentados por los fantasmas aterradores de la tiranía. Los cantos de sus trovadores son la fotografia mas elocuente de lo que pudo ser el espíritu, abrumado por el peso del error i del fanatismo, i de lo que es capaz el corazón cuando sufre a cada paso el guantelete de hierro i la mordaza de los tiranos.

El amor i la gloria que, por una anomalia de la organizacion de los pueblos en aquella época, enaltecian el corazón de sus infelices habitantes; el amor i la gloria, que son lo único que puede hacer distinguir la historia de aquellos desgraciados tiempos de la que pudieran tener los lobos i los osos, fueron necesariamente, como que eran los sentimientos únicos que sentia i podia sentir el orgulloso baron feudal i el pobre siervo para embotar el dolor de la cadena de hierro que simultáneamente los ataba, el alma de aquellos romances que hoi todavia, en medio de nuestra burlona i prosaica despreocupacion, gustamos repasar al amor de la lumbre para soñar un momento con aquellas *castellanas*, con aquellos enanos, con aquellas almenas, con aquellos alcázares en que se encastillaba el despotismo i en donde iban a morir los cantares del esclavo i las orgullosas jácaras del magnate.

Dejando a la poesia de los tiempos medios dormir en el negro ataud en que se envuelve, i llenando el corazón de mas aliento, volvamos los ojos a la historia moderna: a la Francia de Luis XIV, que, como se sabe, ha sido el modelo que tomó la Europa para amoldar sus gustos i hacer que la intelijencia en todos los vastos departamentos del saber tuviese una cumplida pauta.

Reino lleno de gloria, de orgullo, de pompa, de fausto; reinado en que las artes rivalizaban con las ciencias, si no en buscar co-

modidades i bienestar para el pueblo, en embellecer la escena en que debia ostentarse aquel grande actor, que la engañaba con sus jestos teatrales, que la tiranizaba con sus mismos vicios, que la aletargaba con sus propias pesadumbres i la divertia con el mismo fúnebre crepúsculo de sus desdichas futuras; ese reinado era preciso que tuviese por intérprete a Racine i Molière, jenios sublimes, pero en quienes se notan los mismos vicios que motejamos en el pueblo frances de entónces. Vates cortesanos, como pudiera serlo una coqueta de aquellos dias, su majestuosa poesia, grande i elevada a veces, dejenera otras, por falta de valor e independencia, en solo versificacion artística que, léjos de arrancar una sola lágrima, solo sirve para hacernos sonreir tristemente, pensando en lo que puede la servidumbre hasta en los talentos mas esclarecidos. Racine diciendo de Luis XIV: *Le monde en la voyant eût reconnu son maître*, llamando *señor del universo* al que cerraba el parlamento a latigazos; al que, tal vez, tenia cerrado en impenetrable i eterno calabozo a su propio hermano; al que hacia alarde de la corrupcion real corrompiendo el corazon de las mismas damas que se guarecian en su propio palacio; que dilapidaba, en fin, mas de doscientos millones de pesos en la construccion de Versailles, templo de sus placeres, miéntras el pueblo de Paris no tenia pan, no puede ménos que empalagar i hacer mirar a veces esa poesia nada mas que como el aliento pestífero con que la lisonja ha insultado casi siempre a los reyes, pretendiendo incensarlos i divinizarlos. El mismo Boileau, en medio de la aparente independencia que parece animarle por el carácter satírico de su musa, no es otra cosa que un cortesano, que un poeta de talon rojo, es decir, uno de los muchos áulicos que rodeaban a aquel rei que, sin mérito ninguno a los ojos de la filosofia, ha legado su nombre a su siglo.

El carácter de la poesia francesa en todo este tiempo, es uniforme, brillante a veces como las victorias de la Francia, triste i cómica como sus derrotas, hipócritamente licenciosa como el velado impudor de sus costumbres, falsas como el oropel de sus glorias. Si la poesia no es el sentimiento, como lo hemos sostenido, ¿por qué el pueblo de Paris, exceptuando a La Fontaine, no tuvo entónces poesia lírica filosófica, independiente, jenerosa; poesia en que pudiera sentirse hasta el latido del corazon de las muchedumbres; poesia, en fin, del alma, que hace conmovér, a pesar de las imperfecciones que la desfiguran; que arranca ese torrente de emociones que en las almas sensibles produce la voz del poeta, por distante que se halle, i por poco a nada que con el simpátice-

mos? Las tragedias de Racine, ya se sabe que son un modelo de poesía artística; muestras soberbias de elegancia, pompa, majestad, brillo, elocuencia; todo esto, i mas todavía se encuentra en ellas; pero en todos esos romanos afrancesados i esas heroínas cortadas, mitad por el patron de Horacio, mitad por el que ofrecia la culta i tirante etiqueta que daba la lei hasta al vate ¿hai algun carácter que parezca tan patético, tan tierno i arrebatador como lo son los héroes de Shakespeare i mas de uno de las piezas de los dramaturgos de este siglo? Si examinamos la poesía lírica ¿dónde está el poeta que cantó los amores infortunados de la Vallière, en tanto que fueron muchos los que embellecieron a la hipócrita i perseguidora vieja cortesana de la Maintenon? ¿Dónde está, pues, el poeta del amor, de la inocencia del ardor guerrero de la libertad de los derechos del hombre? Hasta la cancion, que recorre todos los estremos de la Francia como la voz apagada de un telégrafo eléctrico, no tuvo bajo el reinado de que nos ocupamos mas representante que el abate Chaulieu, epicureo egoista i cortesano, cuyas obras, atestadas de imágenes lúbricas i lugares comunes de mitología, apenas se leen por los pocos que quieren rastrear el progreso de la poesía francesa.

El único honor debido a ese cantor del escándalo i de la orjia es el de reconocerle como maestro de Voltaire en ese jénero. El Béranger de nuestros dias ¿habria podido hacer entónces su *Dios de las buenas jentes*, esa multitud de canciones sublimes, encantadoras, en que la filosofía se vuelve una cartilla para el pueblo, i en que todos los sentimientos jenerosos tienen un acento inimitable? La tragedia, la poesía lírica, la sátira i hasta la comedia misma, cuyo dominio se estiende a los vicios de la sociedad, a la pintura de los caractéres no fueron, durante todo el reino ya nombrado, sino lo que fué la Francia, como lo hemos repetido espresamente, con el fin de probar, que así como la poesía ha simbolizado siempre el espíritu de las sociedades, debe tambien alimentarse de una savia que le permita ser el verdadero representante del corazon del pueblo.

III

Bajo el reinado de Luis XV, época que se ha llamado *de la filosofía*, con la misma impropiedad que se llamó el de Luis Felipe, *reino del Napoleon de la paz*; la poesía, como lo sabe todo el mundo, no fué sino la copia descolorida del tiempo anterior, es

decir, una poesia sin alma, sin sentimiento, todavía mas seca i árida que la ya nombrada, nutrida solo de los preceptos escandalosos de un filosofismo corruptor que no permite elevar la mente a mas altas concepciones que a la mordacidad cínica e impertinente, o a la vil adulacion empapada en todas las monstruosas aberraciones de unas doctrinas que ennegrecen i abaten, en vez de ennoblecer i levantar, como debe hacerlo la poesia, la mente i el corazon del hombre, en todas las clases en que se les contemple.

Cualquiera, por mui poco versado que sea en la literatura de este siglo, puede convencerse de esto con solo observar que Voltaire, que era el primer poeta de su tiempo, no fué sino en mui raras ocasiones verdadero poeta lírico. La esterilidad del corazon, helado por el escepticismo, mal podia ofrecer una pájina siquiera de sublime poesia, un solo eco de ternura; así, sorprende i asombra que este hombre, a quien el mismo Lammenais califica de *espíritu infinito*, no pudiese conmover el corazon sino mui raras veces, i eso nunca completamente, como habria sucedido si hubiese tenido por norte de su pensamiento otra filosofia. El madrigal, el epigrama, las composiciones epitalámicas i la sátira fueron los únicos jéneros que cultivaron con brillo los vates de aquella centuria; i en eso nada hai que estrañar, pues el poema i la poesia lírica no pueden vivir faltándoles el único alimento que las sostiene.

El siglo XVIII fué el siglo de la incredulidad, i como tal, es lójico que las pasiones que afean el corazon humano tuvieran en él un vasto teatro en que desarrollar su maléfica influencia; i así fué desgraciadamente, pues el orgullo haciendo las veces de sentimiento, i el sofisma usurpando el trono a la razon, formaron la esencia vital de la literetura de aquella época.

La filosofia, con tales antecedentes, contrájose, como era natural, a conmover la intelijencia i el corazon, no sospechando siquiera que al canto de la orjia debia suceder el miserere del arrepentimiento i el grito de la desesperacion i de la muerte. Todo fué sometido al cálculo en esta época que podemos llamar funesta bajo el aspecto de las creencias relijiosas, pero noble i bienhechora en la esfera de la política. La razon, orgullosa de sus triunfos, creyóse solo digna de tomar el compás: negó todo lo que no podia medir; i por supuesto, no pudiendo traspasar el límite que la naturaleza ha marcado a las facultades humanas, renegó de la Divinidad, insultándola i escarneciéndola.

Hai en el hombre un sentimiento indefinible que es fuerza res-petar hasta en sus errores: éste es el sentimiento relijioso. Si la

razon, queriendo esplicarlo todo a fuerzo de cálculos que al cabo nada esplican, consigue cegar la fuente de la creencia en Dios, la vida moral es entónces nula; i el hombre, reducido en tal caso a la mezquina esfera del positivismo, vese fatalmente obligado a reducir todavía mas el pequeño espacio que ocupa en el campo de la creacion, i a romper, en consecuencia, el hilo de oro por el cual anuda dulcemente sus esperanzas al reino de lo infinito.

Siendo, pues, el espíritu que animaba a la sociedad entónces, solo el de la filosofia materialista o escéptica, nada tiene de extraño que Voltaire quisiera honrar su musa con el execrable poema de la *Doncella de Orleans*, en que parece haber querido derramar toda la hiel que destila sobre el corazon una filosofia sin sentimiento, sin pudor i sin esperanza.

El poema de la *Henriada* ahí está en prueba de lo que decimos; majestuoso, brillante, fácil, compitiendo en bellezas artísticas con todo lo que puede producir de hermoso la poesia, considerada solamente como artificio; pero entretanto ¿cuál es la pintura que en él nos comueve? ¿Cuál la situacion grandiosa que nos arrebatara i en la cual deseáramos ver a la ilustre víctima de Ravailac, digna por tantos títulos de una poesia sublime? El abate Dëlille decia que en este poema no hai hierba ni para dar de comer a un caballo; i así es en efecto. ¿Podría citársenos un solo poema de este tiempo, si es que se hizo alguno, que pase la raya de la mediocridad? I ¿por qué? Porque faltaba al espíritu aquello que exijia madama de Staël a todas las obras del jenio, i que con su májica pluma nos ha trasmitido como un recuerdo eterno que la posteridad debe conceder a su memoria. Dice así: «Las grandes ideas relijiosas, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma i la union de estas bellas esperanzas con la moral, son de tal modo inseparables de todo sentimiento elevado, de todo entusiasmo meditativo i tierno, que me parece imposible que ninguna novela, tragedia, que ninguna obra, en fin, de la imaginacion, pudiera conmover sin su socorro. I aun no considerando estas ideas sino bajo el aspecto literario, creo que lo que se ha llamado en los diversos jéneros de escritos *inspiracion poética*, es solo aquel presentimiento del corazon, aquel vuelo del jenio que transporta la esperanza mas allá de los límites del destino humano».

Despues de esto, que compendia cuanto hemos dicho, poco o nada nos queda que añadir, sino simplemente traer a la memoria, que la poesia en el tiempo de la Enciclopedia no tuvo mas asilo que el corazon del pobre Rousseau, a quien la mano de Dios con-

cedió este tesoro, sin duda alguna ménos para su gloria que para su martirio. Sin amigos, mal mirado por los orgullosos filósofos entre los cuales era quizas la primera lumbrera; sin patria, pobre siempre, i mas que de dinero, de amor, de aquella ternura para que parecía haber nacido; sus escritos, aunque carezcan de la rima convencional del verso, tienen la del alma, la del sentimiento profundo que compensa con usura los magníficos i bien torneados versos de su rival i perseguidor el Patriarca de Ferney. I ¿por qué estaba encerrada la poesia en el alma del infeliz suizo que muchas veces no tuvo donde reposar su cabeza; que no halló mas que traidores i envidiosos en todos aquellos a quienes amó; i que llegó hasta prostituir la grandeza de sus sentimientos entregando su corazón de poeta a la zafia mujer que no supo mas que torturarle? Porque solo él creía en medio de los crueles engaños de que era víctima; porque solo él amaba en medio de los desdenes con que pagaban su amor; porque solo él esperaba en medio de su miseria i sus dolores; porque solo él era el que penetraba en el santuario de la verdadera filosofía i quemaba la mirra del sentimiento en los altares del espiritualismo. ¡Oh! el autor del *Emilio* habia nacido poeta i poeta sublime; faltóle solo la rima; pero esa no pudo tenerla porque para la imaginación i la fe no prestaba la retórica entonces sus arreos, ni concedía su vestido el arte sino para la burla i la impiedad, deidades únicas de aquel siglo.

IV

Debiendo seguir la historia de nuestro pensamiento, el hilo del discurso se rompe al llegar al final de aquella centuria. La guillotina, manejada por la mano del jacobinismo, se interpone en nuestro camino, i entre el torbellino de esta tormenta, de este espantoso cataclismo, la razón se turba, como avergonzada de tanta sangre vertida en los altares de la filosofía.

Sin embargo, algunos cantos melodiosos, tristes como los del cisne al morir, hiciéronse escuchar entre el tumulto i el ruido de las cadenas arrastradas por un pueblo, que se juzgaba libre porque habia roto todos los lazos de la sociedad i hollado todos sus deberes. La revolución, según la feliz expresión de Vergniaud, hizo lo que Saturno: devoró a sus hijos.

Cuando no hai salvación para el talento, cuando el hacha del verdugo hiere ciegamente todos los rangos de la sociedad, cantos solemnes i profundos suelen resonar al compás del estertor de la

agonia, como el canto de una ave amiga en un día oscuro i tormentoso. Así, vióse a Dëlille i a Andres Cheniér, celebrar bajo los verdugos la inmortalidad, última esperanza que quedaba al poeta en esa noche de sangre. Las glorias de Bonaparte pusieron, por fortuna de la Francia i del mundo, punto final a aquel lúgubre período; mas como al despotismo sanguinario del pueblo siguiese en breve el esplendoroso del conquistador improvisado, la poesia, amedrentada con el estruendo de las armas, tuvo que esconderse de nuevo en la oscuridad, i ahogar allí en el silencio i el retiro los ayes del dolor que retumbaban sordamente en su seno.

José Maria Chénier, como es sabido, osó cantar al libertador de la Italia, pero bien pronto hubo de enlutar su lira para dar voz a los fúnebres suspiros que el aire pesado de la tiranía hacia exhalar de su corazón republicano.

El *Tiberio*, tragedia cortada al gusto del pasado siglo, i en la que únicamente la suspicacia del primer cónsul pudo ver alusiones a su persona, puede servir para apreciar el estado, no solo en que se hallaba la poesia, sino la literatura en jeneral bajo las victorias del héroe de las Pirámides.

El temor al que aparecia ya con todos los arreos del tirano, hizo que el escritor conveucional, a pesar de estar nutrido como lo estaba de la literatura antigua, buscase en los pensamientos mas el brillo que la fuerza i con mas empeño la enerjia del republicanismo que la verdadera inspiracion. La pieza a que aludimos, tiene, sin duda, mérito, como todo lo que salió de su pluma; pero de ninguna manera el que debia esperarse del hombre cuyos escritos palpitaban de poesia cuando era inspirado por el sentimiento de la libertad de la Francia.

La poesia, en fin, en todos los jéneros que recorre cuando habia eco en el pueblo que goza de sus derechos, fué entónces trivial, comun i fajitiva como lo fué el reinado del Directorio i del Consulado.

Bajo el Imperio, la frase de Lamartine: *el reinado del cálculo i del sable*, es bastante para espresarlo todo.

¿Necesario será decir una sola palabra mas para probar que la poesia no puede vivir separada de la libertad i de la justicia?

Por lo tanto, el desastre de la batalla de Waterloo, que tan funesto golpe dió al orgullo de las armas victoriosas de Napoleon, considerado bajo el punto de vista literario, debe ser apreciado como el acontecimiento que, aunque hiera la vanidad del corazón frances, orgulloso hasta de su misma servidumbre, ha servido de

punto de partida a la literatura para tomar el carácter que hoy la distingue. Si se quiere recordar los nombres i las obras que han contribuido a poner a la literatura francesa en consonancia con las necesidades de la época actual, es forzoso citar, ántes que a nadie, a una mujer insigne en la historia de las letras.

La baronesa de Staël, discípula de Rousseau, espiritualista por educacion, tendencias i sistema, alimentada con todos los estudios profundos de la filosofía alemana, adornada con todas las dotes morales que puede merecer un mortal de la mano de Dios, fué, como no es posible dudarlo, la que puso la primera piedra para la construcción de la filosofía cristiana en la Francia de entónces. Sí, a ella se debe este beneficio que el pueblo francés reconoce agradecido. Madama de Staël fué la primera que enseñó al espíritu poético de esta época la verdadera senda de la inspiracion i las ventajas que podia prometerse penetrando en una via de que la incredulidad habia sacado para esterilizarla, o mejor, para darle eterna sepultura.

Vuelta la Francia a sus creencias, devuelto al corazón de sus hijos el sentimiento; el amor, la ternura, la fe, la relijion debieron forzosamente ser manantiales inagotables de poesia, i así lo fueron; pues Lamartine i su escuela parecen haber resucitado los tiempos de Abelardo i Gabriela de Vergy, dando, si no es un atrevimiento decirlo, nuevos sentidos al cuerpo, nuevas facultades al alma, i nuevos i mayores consuelos al corazón que los que habia podido encontrar hasta entónces. Lamartine sólo vale por una jeneracion de poetas.

Chateaubriand, a quien es forzoso nombrar tambien como el mas poderoso de los artífices del templo de la poesia moderna, i la mujer ilustre ya citada, condujeron, pues, el espíritu a la fé, al sentimiento, a la esperanza por medio de sus ideas, de sus obras, verdaderos poemas escritos en prosa; i con los cuales les ha cabido la gloria de estirpar para siempre la plaga del materialismo, ni mas ni ménos que aconteció a Cervantes sepultando eternamente en la tumba del ridículo la estúpida demencia de la caballeria. Pero al ménos Cervantes destruía lo que tenia su base en un sentimiento exaltado del honor, i los otros lo que no solo anubla la intelijencia, sino que degrada el alma humanizando su divino orijen.

Al hacer mencion de aquellos dos ilustres escritores, sería una injusticia imperdonable no atribuir asimismo alguna parte de la indisputable gloria que recojieron, a tres hombres cuyos escritos parecen seguir el mismo impulso, i a quienes la posteridad ha he-

cho ya merecida justicia. El abate Dëlille con su poema *La Piedad*, Fontanes con sus sentidas poesias i Michaud con *La Primavera de un proscrito* habian comenzado ya a dar a la literatura francesa una direccion que parecia tener un eco profundo en la sensibilidad nacional, por tanto tiempo comprimida.

Entónces fué cuando las letras, propiamente, comenzaron a recoger la herencia de las lágrimas que les habia costado el infortunio de un gran pueblo. Entónces cuando la poesia pudo atesorar en su santuario esa infinidad de dolores inflijidos a la patria, ya por el puñal de los verdugos, ya por la espada del nuevo tirano. El drama que se habia sucedido envolvia peripecias horribles: ora se habia presentado con la risa i la esperanza en los labios, ora amenazador i rujiente; ya como el crepúsculo de un día lleno de serenidad i esplendor, ya como las últimas sombras de una tempestad eterna. La resurreccion de la Francia fué un milagro; su reconstitucion social i política, la obra de un jénio inmenso: su rehabilitacion moral debia tambien ser solo producida por aquellos fenices de la razon que renacen de cuando en cuando, como el alma de todo lo grande i hermoso que ha desaparecido, para probar que la inmortalidad de lo bello i lo sublime no es solamente una antojadiza paradoja. Entre todas las existencias de los hombres de esta clase, habíase formado, por la misma separacion violenta que habian padecido, una verdadera confraternidad, una especie de concierto de pesares que parecia hacer ménos fúnebres con sus modulaciones las ruinas aun humeantes del pasado incendio, i endulzar en cuanto era posible el corazon llagado de las víctimas.

Dispersos en distintos paises, estos gloriosos fujitivos eran realmente los hijos de Sion llorando la ausencia de Jerusalem, perdida. En el destierro, varios de ellos cantan el himno del dolor, ofrécenlo como un tributo de amor a la patria; pero no recojen de sus contemporáneos la gratitud con que encadenaron para siempre a la civilizacion humana.

V

Subido Luis XVIII al trono de San Luis; consolidadas las instituciones en cuanto era posible que pudieran serlo tratándose de una organizacion política i social trastornada o consumida hasta sus cimientos, la literatura francesa asume una forma precisa, así en el aspecto bajo que se presenta como en el carácter que la distingue.

Si nos contraemos a la poesía, la resurrección de ella es asombrosa. Jamás la lengua francesa había manifestado tanta ternura, tanta pasión, tanta fé, tanto entusiasmo. Las conveniencias retóricas, como se llamaba al clasicismo, que no permitía al corazón dejar de ser elegante por ser sensible, apasionado, por ser majestuoso, fueron abandonadas en el primer momento; i esto se explica i puede compararse con el desaliño que daría a su tocado una jóven obligada a guardar por largo tiempo un excesivo descuido de su persona, quedando, en consecuencia, si ménos acicalada i compuesta, mucho más bella i arrebatadora.

La poesía francesa en manos de Lamartine produjo sonidos aun más encantadores que los que había producido ya en las del cantor de *Los Mártires*.

La religión tuvo pues, su profeta. El nuevo David comenzó preludiando himnos inimitables, endechas de amor celeste que no podrán perderse, como sucede a las que no exhalan más que el mundano amor, o los incentivos caprichosos de las pasiones que no salen de la esfera de lo que vemos.

Al lado del cantor de *Las Meditaciones*, que era mirado entonces por los borbónicos como el poeta de la *legitimidad*, oyóse resonar también la lira de otro vate no ménos esclarecido por las prendas de su alma i el fogoso empuje de su jénio. Casimiro Delavigne acordó asimismo su instrumento, pero subiéndolo a un tono que permitía a su pecho robusto exhalar toda la vigorosa armonía de que rebosaba, i hacer alarde del buen gusto i elegancia que había sabido beber en los más cultos escritores de su patria. Las *Messenianas* son un grito constante de guerra, de dulzura, de dolor; poesía que había menester la Francia para endulzar las amarguras de sus infortunios i reveses i para mantener siempre frescos los recuerdos gloriosos que tanto amaba, a pesar de que en cada uno de ellos iba un océano de lágrimas.

Béranger, el poeta del pueblo, el cantor de las multitudes, el cancionero cuya reputación ha subido hasta el diapason de los más esclarecidos ingenios de estos tiempos, comenzaba, a su turno, a hacer que la musa francesa recobrase su antigua alegría, aquel donaire campestre, aquella picante mordacidad empapada en melancolía, que recuerda tan a lo vivo los antiguos romances suplantados por la poesía erudita, i el travieso numen que en manos de Voltaire había resonado a veces con tanta gracia. Pero lo que en el cantor del *Dios de las buenas jentes* era orijinal, propiamente suyo, peculiar de su jénio, era esa mezcla de profunda filosofía i

graciosa lijereza, que hace que el hombre ménos culto pueda iniciarse en todos los secretos del corazon sin el menor esfuerzo. Con estos tres paladines, ya no habia para que temer que las musas fuesen otra vez amedrentadas, i que tuvieran que pasar por el dolor de volver a romper las cuerdas de su cítara por no hallar oídos dignos de sus cantos.

Mui léjos estamos de pensar que un gobierno como el de Luis XVIII podia ser acreedor a este beneficio, ni mucho ménos de asentar que la poesia, para desarrollarse i robustecerse, ha menester de la mano de los reyes cuando estos no son guiados en la tarea de gobernar sus pueblos por las lecciones de la sabiduria i de la justicia. Monarca astuto, amigo de las corruptelas como descendiente de la casa de Borbon, nutrido, ademas, en la que se llama ciencia del gobierno, i que no es, a juicio de los hombres de corazon, mas que el arte pérfido de que se han valido hasta aquí los reyes para oprimir a los pueblos, no era posible que su reinado pudiera ofrecerse como una muestra, ni que la felicidad de los franceses fuera digna de envidia.—No, de ninguna manera. Mas como lo bueno i lo malo en este mundo son relativos, el gobierno citado apareció a primera vista como el arco iris que auguraba el final de la tormenta.—Sí, así se pensó; i fué tanta esta ilusion que hasta los recuerdos de la libertad, que hasta los derechos a tanta costa conquistados, i las glorias con tanta sangre gloriosa empapadas, llegaron a olvidarse por la esperanza falaz de que un Borbon pudiera reconstituir la monarquia que su misma familia habia llevado de caida en caida hasta su ruina.

Bajo este aspecto la poesia se creyó libre, dueña de poder estender sus alas en todo el dominio del sentimiento; i con esta fé fué como pudieron los escritores ya citados dar rienda suelta a la inspiracion que por tanto tiempo dormitaba en sus almas.

Sin embargo, en medio de este movimiento inusitado del corazon i del espíritu, la marcha de la poesia en jeneral continuó temblorosa e interrumpida, siguiendo, como debia i era natural esperarse, la carrera de la civilizacion i del progreso. Echemos una mirada retrospectiva.

El jénio frances por su universalidad no ha querido quedarse sin poseer todo jénero de glorias; ha pretendido que su cultura sea el reflejo de la que disfruten todas las naciones del globo; i de este modo es como ha llegado a aclimatar en su suelo todo jénero de teorías, de sistemas, de utopias, de errores, sin desistir de sus

pretensiones ni aun en medio del desengaño, pues que ha preferido muchas veces su orgullo a su misma ventura.

Respecto a la poesía, se sabe que ha querido pulsar el laúd antiguo de Homero, la cítara de los árabes i el arpa del bardo escocés.

La poesía, propiamente, si hemos de creer a los mejores historiadores de la literatura francesa, no brilló sino despues de los tiempos de la caballeria; quedando, con todo, la lengua mui atras de las costumbres, o, por mejor decir, como un escaso instrumento para el cambio de las ideas.

Las musas vulgares no supieron espresar el bello ideal *caballesc*. Los tiempos estaban aun demasiado cercanos para que la literatura, todavía en su infancia, supiera explotar el tesoro que ocultaba de tanto tierno i romántico recuerdo.

Empero, bien pronto la poesía, desligándose de sus ataduras, creció, si es posible prestar cuerpo a la voz del alma, pero sin pasar la raya de fidelidad con que se juzgaba empeñada con las musas antiguas, a las cuales debia sin duda sus innegables progresos.

La elevacion de Corneille, la pureza de Racine ni fueron sobrepajadas, ni, lo que es mas, pudieron igualarse; i hasta tal punto llegó la superioridad de estos dos grandes maestros en la poesía, considerada, como lo hemos ya repetido, como arte i nada mas, que se creyeron i aun se creen sus obras, como el supremo esfuerzo que puede hacer el talento para reducir a rima cantable i vigorosa las concepciones del espíritu. Considerada bajo esta faz, no quedaba al poeta mas que tentar una via nueva; la esperanza de renombre no podia venir sino separándose del camino en que tenia forzosamente que encontrarse con dos colosos, cuya vista solo arredraria al mas osado.

Conociendo esto, Voltaire tentó con buena fortuna una nueva senda. Bajó, si se quiere, la elevada entonacion de sus antecesores, hizo que su musa fuese el eco de la filosofia dominante, i apropiándole las creencias entónces populares, i revistiéndola despues con todo el atavío que le prestaba su talento, consiguió, ya que no podia hacer una *Henriada*, ni una tragedia que fueran una copia perfecta de la literatura antigua, que sus poesias fujitivas o lijeras, como se llaman, ocupasen la memoria i deleitasen la fantasia de los mismos que admiraban la perfeccion artística de los escritores ya nombrados.

Las endechas *Cesar de amar i Ser amable*; los versos *Al Navío*,

escritos a propósito de un barco que una compañía de comercio de Nantes bautizó con el nombre de *Voltaire*, i otra multitud de juguetes de esta clase son la prueba de lo que decimos, i un testimonio que no debemos olvidar para hacer que la poesia, si se quiere que lleve con honor i con gloria el nombre con que se le designa, no se separe jamas del sentimiento, que es lo único que debe representar, lo único que debe ser el objeto de sus cantos.

VI

Délille i Fontanes, como lo dijimos al tratar del papel que la literatura asigna a Chateaubriand i a madama de Staël en la resurreccion del espíritu poético, habian acostumbrado a la musa francesa a espresarse con felicidad en todos los detalles del jénero descriptivo. Esta tentativa encendió la fantasia de una jeneracion nueva de poetas; i de aquí viene la direccion que tomó la literatura, i en particular la poesia, con asombro de los mismos que, acostumbrados a seguir la hilacion del progreso literario, no pudieron jamas presumir que al espíritu se diera tan errada tendencia. Con esto queremos hacer mencion de la nueva escuela que con el título de *romántica* se levantó casi de improviso de entre las ruinas del clasicismo. A cualquiera que esté acostumbrado a contemplar los sucesos históricos como un encadenamiento de causas que han de hallar siempre una representacion viva en el pensamiento, no podrá ménos que parecer casi necesario aquel trastorno que experimentaron las letras, i por el cual llegó a considerarse como perfecto i acabado lo que era una abierta contradiccion de todas las reglas del arte.

La necesidad de innovarlo todo producida por la amargura que se conservaba aun en el corazon por los pasados contratiempos, estendióse a las letras, i por desgracia, en esta universal sacudida de todas las leyes que se basan en lo bello, tuvo necesariamente que influir de un modo funesto en la imaginacion del poeta, que llegó hasta figurarse como dotado del poder de enmendar a la naturaleza misma en sus mas espléndidas bellezas.

La poesia, en el concepto de los nuevos adalides, debia traer consigo, a la vez que un manantial de dolores, un séquito fúnebre de horror i de crímenes, todo lo cual se consideraba como la expresion verdadera de la sociedad, como los recursos únicos de que podia hacer uso el artista para desarrollar su talento. Buscóse la verdad, pero no tal cual debe buscarla el poeta; se apeteció la li-

libertad en la esfera del arte, pero no como la ambiciona el que sabe que la naturaleza ama el órden para ejecutar sus primores; i en este concepto tuvo la Francia durante diez años toda esa larga serie de escritos, que tan funesta influencia han ejercido no solo en ella, que pudo deshacerse pronto de esta plaga, sino en España, de quien directamente bebimos el emponsoñado licor como una bebida rejeneradora.

La melancolia que se apoderó de las letras fué horrible; el teatro no ofrecio desde 1824 hasta 1833 mas que monstruosidades, en que, confundida la imaginacion con el portento de tanto horror, casi no dejaba al corazon respiro; la novela corrió atestada de nuevas o mayores aberraciones, i hasta tal grado se quiso hacer trascendental su influjo, que se embutió en ella junto con los partos mas atroces de una imaginacion en delirio, las doctrinas mas subversivas de la moral i del buen gusto.

Al lamentarnos del descenso que repentinamente esperimentó la literatura en el segundo período de la Restauracion, es forzoso confesar que nuestras quejas no van dirigidas a las letras, acusándolas de ser causantes de esta funesta revolucion, sino a la sociedad, a la política, a la desgracia, si se quiere comprender en esta voz esa secuela de males que habian ido lentamente filtrando en el pueblo el veneno de que aun no ha conseguido verse libre.

El estudio i la imitacion que desde 1814 habian comenzado a hacerse de las obras de Byron, contribuyó poderosamente a que la poesia, separada de la via en que la Lamartine i Delavigne la habian colocado, contrajese un espíritu enteramente contrario al sentimiento del pueblo frances, a la sensibilidad nacional, ya despertados favorablemente hacia lo bueno i lo noble.

Lo que quedaba de la pasada escuela materialista del último siglo, alistóse, pues, bajo las banderas del nuevo enemigo; mas como ni el carácter frances se presta a la negra misantropia inglesa, ni sus delirios ni pasiones pueden ir jamas cubiertos con ese betan de espliu que en los hijos de la Gran Bretaña parece innato, las imitaciones de lord Byron fueron solo copias mas bien ridiculas que funestas, i eso que lo fueron bastantes, i de las cuales podemos todavia tomar algunas para aprender como los pueblos consiguen viciar sus mas bellas facultades. La melancolia contemplativa que necesitan las artes, esa devocion que parece comunicar al artista los secretos de la belleza que estan encerrados en el estenso océano del infinito, ese estado que los franceses llaman *béatitude*, i que solo lo proporcionan la tranquilidad i el reti-

ro, no eran, por cierto, esa melancolía desesperante que subleva al hombre contra las leyes que gravitan sobre su naturaleza, que convierten su existencia en un verdadero potro de martirio, i que concluyen al fin por despeñarlo en el abismo de todos los crímenes.

La naturaleza había formado a Byron de mui distinta manera que a los demas hombres: jenio satánico, corazon no parecido a ningun otro, cuyas pasiones i arrebatos no pueden ménos de producir en el que los contempla aquel bello horror, si es posible explicarse así, que produce la naturaleza cuando parece hacer gaia de sus furias. El que atravesaba el Helesponto a nado por solo sentir una emocion nueva que conmoviera sus sentidos gastados ya por el deleite i la amargura; el que se jactaba de ser uno de los primeros púñiles de Inglaterra, arrebatando este triste honor a los luchadores de oficio; el que, desnudándose del manto de lord que vestia, pasaba así a cruzar sus fuerzas con los hijos del pueblo, por puro capricho; el que jamas pudo perdonar a la naturaleza el defecto físico de que adolecia, teniendo tantos beneficios que agradecerle; el que, por fin, temia que su propia madre pudiese envenenarle a consecuencia de los choques que con ella tenia en el hogar doméstico; si no hubiese sido adornado de ese inmenso jenio, de ese asombroso poder creador, de seguro que no habria pasado de ser uno de los muchos estravagantes terribles que nacen a la vida para torturar a cuantos les rodean i ser el verdugo de su propio individuo. Pero no, al lado de esto, i entre este cuadro de miserias, vivia un alma a ninguna otra semejante, ni en esperanzas ni en deseos, ni en aspiraciones; un alma, que por su misma grandeza podía encararse impávidamente con la Divinidad, interrogarla sobre su destino, acusarla con sus quejas i hasta maldecirla por el funesto beneficio con que habia sido enriquecida por ella. Dentro del pecho de Byron vivia un mundo de pasiones, cuyo choque bien puede compararse con el combate de los elementos en una noche de tormenta. Sí, allí se es estrellaban, i corrian, i retumbaban en sorda algazara, el orgullo de Lucifer, el amor de los ánjeles, la ternura de la vírjeu i la desesperacion de todo un infierno. Escéntrico, como se llama en nuestro moderno lenguaje, hasta en la misma tierra en que la melancolía toma las variadas faces de la locura, ¿cómo era posible que este hombre singular, que este portentoso fenómeno pudiera prestarse a ser copiado, no decimos en su patria misma, pero en ninguna parte i mucho ménos en la nacion francesa, cu-

yas costumbres suaves i lijereza de carácter son ya proverbiales? Intentar imitar su escuela; querer plajiar sus arrebatos, su pasion, su modo de ser único en el teatro de la literatura i del mundo, seria lo mismo que tomar el capricho de la torre de Pisa como un modelo de arquitectura, o pretender que los otros muchos fenómenos que nos ofrece la naturaleza pudiesen ser copiados por la mano del hombre. La gruta de Fingal la de Caprea, segun la relacion que de ella nos hacen los viajeros ¿se pondrian como ejemplos de imitacion? ¿Saldria el artífice lucido con intentar la copia de las estalactitas hechas por la mano de Dios?

Por esto es que el *byronismo* que quiso aclimatarse a fines del reinado de Luis XVIII, no pudo vivir ni formar escuela, sino uno que otro ensayo infelicísimo, del que apenas se conserva memoria.

Sin embargo, varios jóvenes perecieron por ese entónces victimas de este delirio filosófico, cuyas doctrinas habia resumido Sénancour en su funesto libro llamado el *Oberman*. Cualquiera que haya podido leer esta odiosa produccion, verá lo que es el escepticismo de la escuela volteriana, lo que es esa filosofia atroz que consume el alma de la misma manera que el virus sifilítico roe i aniquila los tejidos del cuerpo.

Felizmente el horizonte aclaró un poco cuando Luis Felipe subió al trono de Enrique V; pero como las convulsiones políticas que produjeron la caida de Carlos X habian hecho converjer los espíritus esclusivamente a la política, la literatura apareció por algun tiempo embarazada en su marcha. Los poetas suspendieron sus cantos, como los ruiseñores suspenden sus trinos al sentir un nuevo huésped en la selva.

Mas, pasada en breve esta primera emocion, continuó la literatura en todos sus departamentos lanzando esos torrentes de luz cuyos rayos vinieron a morir a los piés del nuevo César.

La poesia dividióse, al cabo, en dos escuelas. Lamartine con su romanticismo relijioso, i Víctor Hugo con su poesia puramente francesa, con su poesia viva, filosófica, chispeante como lo es el jenio de la nacion francesa, fueron reconocidos como sus jefes; i entónces escuchó el mundo ese concierto de armonias llenas de consuelo i de esperanza.

El nuevo imperio napoleónico, fué para las musas lo que fué el pasado. Lamartine ya no cantó; su voz pareció apagarse por el infortunio. Víctor Hugo lanzó desde una isla inglesa su *Leyenda de los siglos*; pero aunque evocaba el ilustre i simpático desterrado la sombra de los jenios que han dominado a la humanidad, que la

han servido i amparado, o diezmado i escarnecido, se veia que el sol de la patria le hacia falta, que el aliento frances, que era un eco que devolvía al mundo la voz de amor i de entusiasmo con que la regalaba, no correspondia ya sus cantos, sino que los lloraba i los sentia como el acento misterioso del tiempo que le anunciaba una mayor i cruda servidumbre.

¿Dónde estaba tambien Julio de Rességuier, el vigoroso imitador de Lamartine, i en mas de una ocasion su émulo terrible? ¿Dónde estaba Delavigne con sus estrofas cadenciosas, con su espíritu puro, liberal, franco, valiente, con su musa al parecer nacida para el Waterloo de la literatura? ¿Dónde Béranger, dónde Carlos Nodier, el esquisito i perfecto detallista de las medias tintas de las pasiones humanas? ¿Dónde Alfredo de Musset, Barbier, Hege-sippe, Moreau i esa falanje, en fin, de artistas-poetas que ha tenido la Francia desde la primera restauracion? Unos en el destierro, otros en la miseria, i otros durmiendo el sueño eterno, escapando así a la tirania que ultraja el talento, que ahuyenta a la virtud i que hace hasta desconfiar de la esperanza que abriga el bueno sobre la mejor condicion i mas acabado progreso del hombre.

VII

Al trazar el cuadro que ha representado la poesia en Francia desde el siglo décimoséptimo, no hemos tenido en vista otro desig-nio que esponer el aspecto que ha tomado para que, comparando su situacion con los hechos sociales a que ha debido estar subordinada, se pueda deducir cuándo ha representado la civilizacion de que era órgano, o cuando, léjos de ser su espejo i separándose de la ruta trazada por ella, se ha echado a vagar a la ventura, sin esperanza, sin guia i sin mas plan que seguir el no aprendido ni pensado canto de las aves.

Si se quisiera encerrar en un medallon el retrato de cada época por que ha pasado la poesia francesa, difícil, por no decir imposible, seria hacer de retratista; mas si no podemos contemplarla bajo una forma tan precisa, podemos verla lo bastante para distinguir, ya sus bellezas i aciertos, ya sus deformidades i extravios, i resumir, en cuanto sea posible, las reflexiones que el estudio que hemos hecho de ella puede suministrarnos.

Antes de Luis XIV. vémosla puramente ocupada en buscar principios gramaticales i retóricos, en formarse elementos para tomar un carácter determinado i fijo.

Hasta allí solo se habia limitado a ensayos, i esos no mui felices, comparándolos con los de cualquiera de las naciones europeas. Algun rasgo, una que otra chispa de jenio habian iluminado aquel caos; pero de lo que es *poesia* nada daba prueba segura, sino, cuando mas, un lijero i no bien apreciado indicio.

Subido al trono el monarca que hemos nombrado, la literatura tomó un aspecto propio, imponente, i vino a ser como el espejo de la espedita marcha que seguia la Francia en el desarrollo de su prosperidad i de su gloria.

Parecia que aquel príncipe absorbía cuanto habia de grande a su alrededor; que todo lo consideraba como una parte integral de su grandeza; i así fué, pues la literatura vivió bajo su sombra en calidad de aliada, i bebiendo en el señor de esta alianza la majestad, el fausto, todo lo grande que contemplaba en el modelo de quien debiera ser solo una exacta copia.

El afortunado monarca complaciase en ver que la literatura francesa era el reflejo de la antigüedad; pero sabia que no se puede copiar fielmente lo grande de una época antigua cuando se tiene que ataviarlo a moderna usanza.

Esta imitacion dejeneró, como ya lo dijimos, en copias frias, en que se guardó mas la pulcra i minuciosa exactitud en las formas que en la esencia; o en las que no se comprendió el espíritu, o no se pudo dar de él un perfecto trasunto.

Este gran siglo, hizo cuanto pudo por arrebatarse la gloria literaria a la antigüedad; por hacerse de ese *bello ideal antiguo* que tanto se estudiaba i al que no podia remedarse con la chupa bordada, ni con la peluca i los encajes perfumados del gran señor.

Racine hacia revivir a Eurípides; pero, segun el sentir de todos los mas eminentes críticos, no el Eurípides griego, desigual, apasionado, fogoso i bárbaro casi siempre por la rudeza de las costumbres de su tiempo. ¿Habria podido copiarse al trájico griego, cuando se anatematizaba a Shakespeare que habia escrito solo cien años antes i para una nacion como la inglesa? Aristófanes revivia en Molière, pero libre de lo que entónces se llamaba *mal tono* o *desvergüenza*, i libre tambien de su espíritu que, a la verdad, por mucho que se diga, no podia ser el de un frances lijero i esclavo de la etiqueta. Voltaire, diciendo al pueblo frances en la última representacion de su Irene: «¡Aplaudid, atenienses!» no dijo sino una bella mentira, una de las muchas coqueteterias en que abundaba, i que prueban patentemente que la patria del afortunado Borbon no era la patria de Alejandro.

Bajo Luis XV la misma tendencia anima a la literatura en cuanto a su forma: aristocrática en el vestido, revolucionaria en el espíritu; acompasada i elegante en su porte, petulante i hasta cínica en el fondo.

Bajo la Revolucion duermen las letras en una pesadilla sangrienta; la poesia, tímida, no puede llorar siquiera su infortunio; las lágrimas se secan en su rostro, i tiéndese sobre el ataúd de la Francia sin exhalar mas que suspiros.

El imperio reúne los elementos dispersos de la civilizacion: organiza, arregla, calcula con el compas i la espada en la mano; ya agranda los límites de la Francia, ya ordena su existencia como una máquina, ya rompe los derechos que flotan vacilantes en medio de tanta gloria, ya apaga iracundo la antorcha de la filosofia i del sentimiento.

El sol tibio de la Restauracion permite el deshielo de la inteligencia; las aves adormecidas recorren el campo de la carniceria; lloran, pero cantan llorando, i el sentimiento vuelve otra vez a imperar en el hasta entónces árido corazon de la Francia.

Cárlos X insulta el orgullo de su pueblo; venga así cobardemente el mártirio de su hermano, i las letras, ofendidas del vilipendio hecho a la conciencia, enmudecen otra vez para no cantar sino a los albores de su nueva independencia. Luis Felipe, inconsecuencia viviente, rei sin dignidad, frances sin grandeza, déspota sin valor, político sin vista, amalgama, en fin, de lo que puede el talento i la pequeñez del alma, reduce a la Francia a ser el mostrador de la Europa, i se contenta, despues de haber sido uno de los héroes de Jemmappes, con ser el judío usurero de aquella grande herencia. Sobre el estado actual ¿qué podemos decir? Época *embrionaria*, de transicion; época en que todo se espera i en que nada se cree; época en que parecen finalizar los acontecimientos mas grandes con una especie de juego de manos? ¿Dónde está hoy la poesia francesa? ¿En el sepulcro de Víctor Hugo? Al considerar las evoluciones del pensamiento, las peripecias de este drama que representa la humanidad, es forzoso pensar en la carrera del planeta que habitamos; recordar que hai momentos en que la luz baña radiante su esfera, i otros, en que no solo sus rayos se cortan oblicuos sobre su superficie, sino que se ocultan enteramente.

Dicho esto, augure el pesimista solo reveses, que nosotros no podremos dejar de confiar en el destino que creemos ha reservado Dios a la humanidad en sus inescrutables designios.

Poesia española

I

Concluida la ojeada que hemos dado a la poesia francesa, nos ocuparemos de la España, que es la escuela en donde hemos bebido lo que somos, i en la que deberemos, atendidos nuestro oríjen i civilizacion, volver a empaparnos, para ser consecuentes, cuando mas no sea, con la jenerosa sangre que nos alienta.

Si un cielo alternativamente iluminado por los matices del arco iris i los sombríos resplandores del relámpago, si una tierra rica i pródiga de las mas deliciosas producciones, si una naturaleza, en fin, copiosamente favorecida por la Providencia pueden creerse propias para producir hombres dotados de ingenio i fantasia, aun cuando no conociésemos la historia de las letras españolas, bien podríamos decir que la España ha debido ser la nacion de la poesia.

Efectivamente ¿quién no creeria a esa tierra, tan dichosamente dotada, un pueblo en que la fantasia debe correr sin márgenes ni vallas, i en que el sentimiento, hijo de las profundas ideas de un cerebro enardecido por sol abrasador, puede apropiarse todos los tonos de la armonia, ya para pintar la plácida ventura del corazon, ya para diseñar el huracan de las pasiones que lo envuelven i sacuden?

«La naturaleza, dice el abate Cabanillas, ha dotado a la España de todo aquello que se necesita para que sus hijos sean poetas»; i en verdad que nada hai mas cierto que este dicho, al parecer jactancioso, de un español que, si no pudo probarlo con su ejemplo, fué por otra parte, bien capaz de reivindicar para su persona alguna porcion de la gloria adquirida por la literatura de su patria.

Sin pensar en el lugar que el hombre ocupa en el globo; sin asignar a la poesia esas líneas de demarcacion que señalan la diversidad de climas en nuestro planeta; sin creer por ello que el jenio es i puede ser solo peculiar de aquellas tierras en que la naturaleza ha querido hacer ostentacion de sus galas; juzgamos, i no sin fundamento, que la organizacion del individuo, modificada por la calidad de la zona en que ha nacido i por las mil otras causas que tienen influencia poderosa e innegable en su modo de ser, es ya un antecedente que puede anotarse como predisposicion, o favorable o adversa, para los trabajos de la fantasia.

Cierto i mui cierto es que el jenio no tiene patria, que el númen, como chispa desprendida de la mano luminosa de Dios, así incendia el corazón del habitante de la frígida Dinamarca, como aviva el cerebro fosfórico del que ha visto la luz bajo el cielo de Nápoles. Los vates de la montuosa i helada Caledonia inspiraron a Ossian; los alegres campos de la Grecia al cantor de la *Iliada*, i la pobre aldea de Mantua con su cielo transparente i benigno bien pudo llenar el corazón de Virjilio de aquel arrobó sublime que no ha conseguido adormecer todavía el transcurso de veinte siglos.

Sin embargo, ¿quién no se inclinaria a juzgar poeta al que ha nacido bajo el sol de Sevilla o de Granada, que ha sido criado respirando el ambiente de los azahares i de los jazmines, que ha podido echarse sobre la espalda del Guadalquivir en las tardes del estio; que ha escuchado, en fin, desde niño, los acentos amorosos de la voluptuosa andaluza? ¿No hai motivo para creer, preguntamos, mas entusiasta, mas apasionado, mas sensible al que contempla la primavera desparramando pródiga todo jénero de frutos que al que vive mirando un cielo constantemente enlutado por la neblina i una tierra desheredada o mendiga de los favores de la Providencia?

Si la naturaleza de un pais puede, pues, asentarse como motivo poderoso para suponer dotados del estro poético a los seres que ha producido, la España, lo repetimos, está casi en la obligacion de ostentar en su historia literaria una constelacion de ingenios cuya luz pueda mostrarse como la estrella polar de los pueblos que quierau dirigirse hacia a la tierra de la poesia.

Echemos una ojeada a su historia.

Para aplicar los principios que hasta aquí hemos seguido al trazar el cuadro de la poesia francesa, dividiremos la historia de la española en tres períodos, que, a nuestro juicio, marcan perfectamente las diversas situaciones porque ha pasado e indican, en consecuencia, el influjo que ha sufrido por el empuje de los acontecimientos.

Estos tres períodos son: 1.º desde su oríjen hasta el reinado de los Reyes Católicos; 2.º desde éste hasta la muerte de Carlos II el Hechizado, último rei de la raza austriaca en España; i 3.º desde Carlos III hasta nuestros dias. Esta misma division fué adoptada por don José Joaquin de Mora en un estudio sobre la poesia castellana que publicó en el *MENSAJERO DE LÓNDRES*, i a la verdad creémosia mui conforme con la razon, a pesar de que Quintana, Galiano, Gil i Zárate han dividido las épocas de la

poesía de una manera que, en nuestro sentir, no sigue los períodos que la poética española ha tenido como mas culminates. Al hacer esta division de épocas no hemos atendido al valor que tienen en la literatura en jeneral los poetas que florecieron en los diversos tiempos que hemos indicado, ni a las variaciones que han debido experimentar el estilo i el lenguaje poéticos, sino solamente a la índole de cada época, al espíritu que la ha dominado, al carácter, en una palabra, que ha asumido en virtud de los sucesos porque ha pasado.

En el primer período, como era natural, no hallándose la lengua castellana todavía en el caso de considerarse ni siquiera formada, i, sobre todo, no pudiendo la mente del poeta desligarse de las ataduras con que aherrojaban el espíritu las preocupaciones de la Edad Media, la poesía tuvo forzosamente que ser irregular i grosera, no obstante la encantadora sencillez i admirable naturalidad que notamos en algunos pasajes de los primeros ensayos de la musa castellana. El poeta de entónces cantaba lo que sentia, lo que creia, lo que esperaba, lo que envidiaba i sin mas sujecion que la que podia ofrecerle el cansancio de su misma fantasia. Las flores del prado, los frutos de la primavera, las dulces emociones del amor, sus fuegos, sus transportes, el espectáculo de las maravillas de la naturaleza, todo aquello, en fin, que no tenia relacion con el profundo pensar, con las dudas e inquietudes que torturan el alma, estaba sujeto a su dominio; dominio que no podia estenderse, por cierto, a la pretension de avasallar la revelion de las facultades intelectuales excitadas por la filosofia de las escuelas. Además ¿cómo hubiera podido hacerse para que un instrumento mal encordado produjera los sonidos que solo puede arrancar una mano diestramente ejercitada i cuando el arte ha asignado para cada tono una cuerda precisa i sonora? Así, pues, vano fuera pretender armonia completa, un conjunto de melodias en aquellos primeros ensayos, vivo retrato del hombre de entónces, a quien ni las leyes ni las costumbres habian suavizado sus gustos, pulido sus maneras i morijerado o sistemado artisticamente su inspiracion.

Pero en medio de la tosquedad i groseria que notamos, de la falta de elevacion filosófica que desearíamos ver en el que pulsaba la lira en aquellos tiempos que tantós se prestan a la meditacion i al estudio, encontramos tambien un donaire i diafanidad de expresion que pueden aun en nuestros días tomarse por modelo.

El hombre que vivia oprimido por el bárbaro señor fendal; que

ignoraba que tenía derechos que oponer a la fuerza; que estaba acostumbrado a mirar como cosa i no como persona a su mismo semejante; que no podia utilizar su trabajo para su individuo sino servir con él, a manera del resorte de una máquina, en asegurar el bien estar de su opresor ¿cómo podia pedir aliento i fuego al espíritu para escarnecer la mano de hierro que le vejaba, para soltar al aire sus quejas i dar lenguas de fuego a los dolores que ocasionaban la corrupcion i la barbarie de que era víctima?

El feudalismo en España, por el mismo carácter de sus habitantes, debió tomar mas decididas i marcadas formas que en el resto de Europa; i así fué que el orgullo de los barones de los siglos décimotercio, décimocuarto i décimoquinto, hubo de ser causa de esa multitud de revueltas, en que el siervo, léjos de cambiar ventajosamente de destino, solo logró remachar mas fuertemente sus cadenas. En esta degradacion, en esta noche sombría i desesperante como el infierno de la *Divina Comedia* ¿qué sentimiento podia quedar al individuo, que luz iluminarle, consuelo mitigar la tenacidad de sus rigores? ¡Solo el amor! Sí, solo el amor! ese sentimiento que torva jenerosa i altiva al alma mas encorvada i rastrotera; que rompe violentamente las barreras que separan al señor i al esclavo; que llena de dicha i esperanzas hasta al que vejeta en eterno calabozo; que eleva el alma a las concepciones mas altas; que la suaviza, la purifica de los vicios que la afean i hace que se resuman en uno los dolores i las amarguras de dos corazones hermanos; este sentimiento fué el único respiro que pudo tener el hombre en aquellas tinieblas, para que su existencia no pudiera compararse exactamente a la de las fieras que talan los campos.

El señor feudal, una vez enamorado de la *castellana*, una vez embriagado por sus hechizos ¿cómo no habia de despojarse de su armadura i de su guantelete i arrodillarse en los momentos de suprema felicidad ante la misma mujer a quien quizá el dia antes habia amenazado con el tormento?

El amor, sí, fué la única estrella que iluminó ese caos; i solo él i solo a su influjo pudo revestirse la fuerza del carácter que hace en ocasiones disculpables sus demasias.

La caballería, ridiculizada de muerte por Cervantes; la caballería que no podemos ménos de mirar hoy, en medio del positivismo de nuestras costumbres, de la presa que empequeñece i materializa las mui pocas emociones puras que puede gozar nuestra alma

en el metálico siglo en que vivimos, fué, sin embargo, para la poesía una fuente abundosa de inspiración i de triunfos.

La protección a la viudez i la orfandad desamparadas, el brioso denuedo del caballero que arrojaba el guante al opresor de la inocencia, la dulzura del amor que acababa de *rebanar jayanes* con su tizona i romper lanzas en el palenque por solo probar a su dama su bárbara fortaleza, eran seguramente sobrados motivos de inspiración para el que se gozaba en preludiar al pié de la reja de su amada las hazañas del valor, alcanzadas a fuerza de constancia i ternura.

¿Quién que ha leído los versos de Juan Ruiz, denominado el Arcipreste de Hita, no admira la naturalidad con que bajo la forma satírica cuenta su amor i sus delirios? ¿Quién no lee con gusto, a pesar de los defectos del ritmo poético, esas alegorías ingeniosas cuya embarazada espresion da indicios claros i patentes de una sensibilidad no vestida o disfrazada aun por los atavios del arte? Pero no únicamente en la donosa pintura de los afectos suaves del alma es donde luce la vena de éste i de los otros poetas que le siguieron hasta Garcilaso, pues la descripción de los objetos admirables de la naturaleza tambien halla en ellos graciosos intérpretes. La vejetación del suelo de España, la diáfana transparencia de su cielo en las noches del estio; lo proceloso de sus mares, lo dilatado de sus costas, la rica sabia del suelo en que habian nacido, eran perenne manantial de pensamientos que, semejantes a las flores que nacen sin cultivo en los campos, tienen ese perfume que embriaga, i que ofusca el de las que brotan en nuestros jardines a favor del esmero i del arte. Sí, el amor con todos sus pasmos, i esperanzas i quimeras se ve allí palpitante en cada uno de esos alejandrinos, cuyo sonsonete choca hoi a nuestros oídos quisquillosos a fuerza de estudio i trabajo; sí, allí se ve que el espíritu que da vida a la creación, encuentra siempre imágenes atrevidas a un tiempo que sencillas; que los afectos, libres de la opresión, con que los encadena la misma cultura social, lucen en toda su lozania i vigor.

¿No hai poesía en esas coplas de Jorje Manrique en que pregunta con tristeza por los galanes, i las damas, i los amores que desaparecieron con su juventud? ¿Quién no ha suspirado siquiera al leer esas estrofas inspiradas por la muerte de su padre, quebradas como el dolor que las dictaba, i sencillas i patéticas como el sentimiento, que aun no se habia bastardeado a fuerza de prodigarse?

Al repasar los mutilados fragmentos que se conservan de las obras de los poetas de este primer período, además de que el filólogo puede seguir el hilo de la formación de la lengua, el filósofo tiene la satisfacción de hallarse con un venero inagotable de antecedentes que deben llevarle a apreciar con firmeza los elementos de que se compone la civilización española.

Dejando a un lado los versos místicos de Gonzalo Berceo, los de don Juan Lorenzo de Astorga, las traducciones de Pedro López de Ayala, i viniendo a las muy preciosas cantigas de Alfonso X, a quien la posteridad ha apellidado con justicia *el sabio*, todos los eruditos están acordes en considerarlas como monumentos preciosos, no tan sólo de filología, sino de filosofía; monumentos que debemos estudiar, aunque no sea sino para gustar el placer de ver cómo nuestro idioma, tan pobre i desmembrado entonces, ha podido llegar a ser una de las lenguas más hermosas que existen. Desde el *Poema del Cid*, primer vajido de la musa castellana, hasta el *Tesoro* i las *Querellas* del hijo de San Fernando i las apasionadas trovas de Macías hay ya una inmensa distancia en el modo de sentir i en el modo de apreciar las emociones del espíritu, en la manera de expresar los afectos i las diversas modificaciones que se suceden en el alma. Al alejandrino substituyó don Alfonso el verso de doce sílabas con consonantes cruzados.

Al leer algunos de los pocos versos que quedan de los libros citados, uno no puede ménos que sentirse conmovido, pensando en lo que es el genio, en lo que es el destino de las grandes almas, i sobre todo, en lo que son las grandezas con que suele convidarnos la fortuna. Desposeído por la negra ingratitud de un hijo infame, arrastrando aquel para siempre memorable varón una existencia disputada por el dolor i la amargura, buscó en la poesía el modo cómo legar a la posteridad sus sufrimientos, i hallóla, en verdad, tan dócil a su mano, que en solo dos estancias de sus *Querellas* lloró, bajo su pluma, lágrimas que no ha podido secar el soplo calcinante de siete siglos.

Se nos permitirá, como un paréntesis disculpable, citar aquí la arenga que el Miramolin de Marruecos le dirigió cuando a su llamado vino a Zagra a tratar de su alianza con el rei de Castilla.

Después de ceder a Alfonso el lugar de honor en la conferencia, le dijo:

—Os trato así, porque sois desgraciado, i no me uno con vos sino para vengar la causa común de todos los reyes i de todos los padres.

II

Subidos al trono de Castilla i de Aragon los Reyes Católicos, cuya memoria recuerdan i saludan los españoles como la aurora de su grandeza, la sociedad comenzó poco a poco a organizarse. Insensiblemente el trono cuyos fueros habian sido tantas veces hollados por la audacia de los magnates, principió a cobrar esa enerjia, esa entereza sin las cuales los elementos del órden social no pueden amalgamarse. «Así, aunque no podamos ménos que mirar con enfado, dice Quintana, las arterias de Fernando; que sentir una repugnancia invencible por el carácter de este rei, irreligioso adalid de la fé católica; que sentirnos hasta desabridos con el recuerdo de una reina a quien sus virtudes i sus talentos debieron haber guarecido de las preocupaciones que afean su glorioso reinado; siempre es fuerza confesar que solo a sus esfuerzos pudo la España llevar a cabo su organizacion, hecha ya casi imposible por los desmanes de los ricos hombres».

La conquista de Granada, las hazañas del Gran Capitan en Nápoles, i, sobre todo, el descubrimiento de América, prueban, cuando otros antecedentes no tuviéramos a la vista, la excelsitud del jenio de aquellos soberanos, a quienes pareció reunir la fortuna como los extremos de una cadena que debia encerrar en su centro los esparcidos elementos de civilizacion que flotaban a la ventura. Con las conquistas en Italia, natural era, por no decir necesario, que el ingenio español adoptase como suyo lo que juzgaba que debia tocarle por su gloria. Los vencidos convirtiéronse en maestros de los vencedores, de la misma manera, aunque no en tan dilatada escala, que habia sucedido cuando los bárbaros destrozaron el Imperio Romano. La pobre Italia avasallada debia civilizar a sus conquistadores: era ese su destino. Así, no era una paradoja de Alfieri aquel grito lastimoso con que pinta la suerte que ha cabido a la nacion señora del mundo como en castigo, sin duda, del abuso que llegó a hacer de su grandeza.

Per servir sempre o vincitrice o vinta, no es un anatema del poeta, no es la maldicion que alguno pudiera ver en la boca de un altivo patricio hostigado por la tirania, ruborizado por la servidumbre de una patria querida; nó, no es eso: estas palabras son el quejido amargo del filósofo, del hijo que parece querer consolar a su anciana madre recordándole el mismo rigor de su destino.

Establecida la Inquisicion por los Reyes Católicos, con el fin de

purgar el territorio español de la cizaña que creyeron mirar como semilla, las costumbres principiaron a revestirse de aquella gravedad hipócrita, de aquel devotismo que tan bien se hermana con la tiranía política de los monarcas absolutos.

La franqueza española principió a dejenerar en reserva; el arrebato de la pasión en excesiva medida; la cordialidad abierta i tosca, si se quiere, a cubrirse con el manto de la etiqueta: todo, en fin, cambió de aspecto, mejorando, es cierto, las costumbres en pulidez i buen gusto; pero dando al carácter un jiro que le hizo perder en gran parte ese tinte de originalidad, efecto si no de la libertad política, al ménos de esa independencia que llegó así a ser compatible con la servidumbre.

Los españoles, si no habian tenido libertad, en el sentido que damos hoy a esta palabra, si no disfrutaban de los derechos que solo la sociedad montada sobre las bases de la justicia puede conseguir, no habian tenido tampoco que sufrir ese despotismo que se vincula a un trono cuando este se levanta de entre la turbulencia i la anarquía. La literatura, como era preciso, debia, pues, amoldarse al modo de ser político i social de la España, por cuanto no podia constituir ese desequilibrio que hubiera resultado si ella hubiese querido negarse a la influencia que debia experimentar necesariamente. I ni cómo hubieran podido el literato, el poeta narrarnos o pintarnos los embelesos de la libertad, cuando ella no existía; los libres arrebatos del amor, cuando éste se hallaba cubierto con una máscara en la sociedad; los transportes del patriotismo cuando él no estaba cifrado sino en la majestad del monarca? Las glorias militares de los tercios españoles las hazañas de sus héroes, el valor de sus huestes, jamas rotas hasta la batalla de Rocroy, era lo único que se prestaba a la inspiración poética; i por esto vemos la lira de los vates de la época posterior, cuando la lengua estaba ya depurada, resonar con la misma fuerza i majestad que el clarín i la trompa guerrera en un día de combate.

La meditación, hija del estudio i del recojimiento, tambien era necesario que en una nación tan eminentemente católica como la España, tomase la forma de un taciturno devotismo. Las verdades de la religión de suyo imponentes i sublimes; sus misterios, tanto mas poderosos sobre la fantasía cuanto mas abrumaban la comprensibilidad humana; debian ser necesariamente para el poeta un foco de inspiración, si las mas veces sublime, en mas de una ocasión monótona i aterradora.

Lo que sorprende, sin embargo, lo que no puede explicarse, es, que el ascetismo, que tan severo se muestra en el individuo que lo profesa, pudiera amalgamarse tan bien con la libertad de expresion i de ideas cuya licencia, a veces repugnante, no puede ménos que chocarnos aun en el estragamiento de nuestras costumbres.

¿Cómo concebir que el vate que remontaba su fantasia hasta la mansion de la eternidad; que divisaba en su místico arrobó al Autor del universo, ya amenazando airado al pecador no arrepentido, ya brindando amoroso todo el tesoro de bienestar celeste que puede recompensar los sacrificios del justo, pudiese descender, como sucedió mas adelante, hasta revolcarse en el fango de la torpeza? ¿Cómo de la lira que brotaban sonidos celestes i puros como el firmamento, podian desprenderse esos ecos, no solo profanos, sino impíos, en que la castidad del alma se hiere i el pudor del espíritu se lastima?

Esta reflexion, que puede parecer inoportuna atendido el carácter que asumió la literatura en tiempo de Isabel i Fernando, ha venido forzosamente a nuestra pluma al recordar lo que fué despues la poesia erótica i satírica en manos de algunos de los escritores del llamado *siglo de oro*.

Jorje Manrique, i sobre todo Juan de la Encina, que fué el que empuñó el cetro poético en el reinado de que vamos hablando, son el retrato de lo que era la poesia; la expresion de los adelantos que habia hecho la lengua, i mas que nada, el crepúsculo de ese dia esplendoroso que debia iluminar el brillante imperio de Carlos V.

Admirable i para siempre inmortal será en la historia de las letras españolas la era que con tanta razon se ha apellidado *siglo de oro*.

Jamas, ciertamente, vió la nacion española una época ni mas brillante ni mas grandiosa: hazañas, valor, jenio, poder, preponderancia no solo política, sino social; no solo de localidad, sino europea; todo se reunió entónces para que pudiese mirársela en el teatro de la vida como la sucesora de la antigua Roma.

Una vez colocado en el trono que por tanto tiempo habian hecho famosos los Reyes Católicos el augusto descendiente de los emperadores de Alemania, la España fué rápidamente ascendiendo en la consideracion de las naciones, en la supremacia de las ciencias, de las letras i las artes, cuyas obras maestras pueden ofrecerse, i se ofrecen todavia como monumentos preciosos para el erudito.

Sin embargo, la sed de gloria militar que se habia apoderado del corazon del pueblo español, de suyo esforzado i hazafioso, hizo conveñir los espíritus casi esclusivamente hacia lo que se consideraba como la fuente única de su engrandecimiento. Delante de las proezas de las huestes mandadas por los primeros capitanes que hasta entónces habia visto la Europa desde la destruccion del Imperio Romano; delante del orgullo que naturalmente debia palpar en los ánimos briosos a causa del terror que solo el nombre español ocasionaba; ante el mapa que podia mostrar la nacion, dilatado únicamente a esfuerzos del jenio i del heroismo, poco o nada eran las consideraciones que podian ofrecerse acerca de la pérdida de las libertades públicas que poco a poco habia ido cercenando la mano de sus reyes.

De esta manera es como se esplica el fenómeno que ofrece la literatura de este siglo; la anomalia que notamos cuando ponemos en parangon los adelantos que habia hecho con los que podia haber alcanzado i no consiguió, desgraciadamente, la filosofia. I no se diga que el movimiento no estaba dado, que la investigacion no habia hallado todavia camino, pues ya Luis de Vives habia comenzado la tarea que mas tarde Bacon llevó a cabo, i de la cual se ha valido el espíritu para alcanzar las conquistas que le han enaltecido.

No es, por lo tanto, estraño ver que la ciencia que tiene por objeto la indagacion de la verdad, i que obliga, puede decirse así, a eucaminar las facultades intelectuales por el sendero de la luz, no fuese entónces cultivada cual se debia, ni ménos amparada por los que tenian en sus manos el cetro del Estado. Decimos esto, para que desde luego veamos la razon i halleimos el por qué del espíritu que, aunque deslumbrante i seductor de la literatura, no es invulnerable a los ojos del filósofo.

III

La lengua, que tan marcados progresos habia hecho ya con los trabajos de los doctos humanistas que hemos nombrado, consiguió desde el comienzo del siglo ponerse, como dice muy bien un escritor español, a la altura de los grandes hechos de que debia ser intérprete. Enriquecida con las conquistas que habia logrado sobre el idioma de los vencidos, con las joyas que a la preciosa corona de los árabes habia ido lentamente arrebatando, faltábale poco o nada para que pudiese representar, no solo el pensamiento en todas

las faces que puede mostrarse, sino hasta el último i mas imperceptible tinte de las variadas modificaciones del alma.

Si examinamos la poesia de este tiempo, si leemos las obras de los vates que dieron principio a la construccion del templo de las musas castellanas, es imposible negarse a confesar que el idioma poético habia, como por encanto, asumido una forma, tomado un carácter verdaderamente grandiosos. De las coplas de Jorge Manrique i las estancias de Juan de la Encina a las églogas de Garcilaso hai una distancia inmensa. La lengua ya no es la misma; la elocucion, el ritmo poético, todo ese atavio, en fin, que emplean las musas en su vestido, era ya completo, majestuoso, rejio.

La primera ventaja que consiguió la poesia, dejando aparte las infinitas que logró en su esencia, por la lectura de los escritores italianos, fué la de aclimatar el verso endecasílabo, de sustituir por el embarazado i vigoroso soneto las destempladas coplas de arte mayor, cuyo sonsonete hace casi perder el mérito intrínseco de la poesia.

Con esta ventaja ya el laud castellano podia resonar como el arpa del Petrarca; las melodias de la ternura, el fuego del amor, los encendidos suspiros del deseo; todo el diapason, por fin, en que puede resonar el sentimiento, habian encontrado su verdadera cuerda, el tono preciso para elevarse, descender i hasta morir, como sucede a las mismas emociones que se disputan el dominio del espíritu i de los sentidos.

El dulce lamentar de los pastores, la campestre i sencilla bienandanza del labrador, las esquivaces voluptuosas de la zagala, las quejas de los amartelados cuanto inocentes amadores, los celos de las pasiones no apuradas ni satisfechas, ¿puede representar o espresar idioma alguno con la gracia i el donaire que nuestra hermosa lengua? Pero no es esto solo, no son las dulces emociones del cariño, las risueñas esperanzas i los envidiados goces del amor los únicos objetos que se prestan a los cantos del poeta. No; la majestad marcial del soldado, el afanar constante del marino, la contemplacion i el arrobo del penitente, tambien hallaron una lengua que los divulgase, que los enalteciese, que los dejase para siempre escritos en letras musicales que la posteridad en todos los tiempos entonará con gusto.

Si hemos de dejarnos guiar por lo que dicen los mas eminentes historiadores de la literatura española, la elevacion a que llegó mas tarde la poesia fué debida a Garcilaso; i tanto mas de asombrar es esto, cuanto que el debia encaminarla por ese sendero no

era mas que un simple soldado, un jóven aventurero, nutrido de las belicosas hazañas de su tiempo. Sin embargo ¡cuánta ternura no hai en esa *Flor de Guido!* ¡Cuánta majestad, cuánta elevacion en esos endecasílabos en que la voz toma, sin querer, al leerlos, la entonacion del canto! ¡Oh! desde el momento en que el idioma pudo mostrarse tan ricamente ataviado, no era de temer que lengua alguna pudiera disputar a la nuestra la supremacia! ¡No! los sonetos del Petrarca, las endechas de los quinientistas italianos, digan lo que quieran los exajerados apolojistas de la literatura en que bebieron nuestros ascendientes, no son capaces de ofuscar el mérito de las ternísimas estrofas de Garcilaso, de Francisco de la Torre i de los otros que mas tarde completaron el inmenso número de estrellas que abrillantan el cielo de la poesia española.

Respecto de Francisco de la Torre, todavía es un problema para los eruditos el saber si hubo, efectivamente, con este nombre un poeta, o si solo es un seudónimo de que se valió Quevedo para dar a la publicidad versos que con su firma no hubieran despertado la curiosidad, ya bastante satisfecha en lo que se relaciona con su talento poético.

Desentendiéndonos de este problema, que para nosotros no tiene nada de interesante, el hecho es que las poesias de Francisco de la Torre son en su mayor parte, bellísimas. Estro poético levantado, sensibilidad exquisita i delicadeza de espresion mui poco comun, son dotes que nadie que sepa de poesia podra negarle.

Hai en este poeta una mezcla de dulzura i valentia en el pensamiento i la dición, que realmente conmueve. Pero sucediéndole lo que acontece a muchos talentos superiores, esto es, que fué apagado por otros cuya luz estaba mui distante de ser poderosa, i que solo llegó a parecerlo por los caprichos del vulgo, que en este punto suelen ser crueles.

Empero, en medio de este brillo, de esta majestad, de esta grandeza de la poesia, échase de ménos, volvemos a repetirlo, la profunda inspiracion que jermiza en el espíritu con el estudio de la filosofia i que se acrecienta a favor de las instituciones liberales que parecen agrandar con su sombra hasta el jenio del artista.

La poesia necesita espacio; sin independencia de raciocinio, la mente del vate no puede salir de la pintura de los objetos de la naturaleza, de la descripcion de las maravillas que esta le ofrece i nada mas.

I esto es todo el campo que ella debe recorrer; no son éstas las únicas escenas que ella debe pintarnos, pues el alma tiene mara-

villas que tambien deben espresarse, si se quiere que la lengua del sentimiento cumpla debidamente con su destino.

El carácter de *intuitiva* que queremos dar a la poesia, trae consigo, ademas de la ventaja de poder ver en ella las evoluciones del espíritu, la de iniciarnos en los secretos del corazon, sin trabajo, de una manera que podemos ir conociendo las pasiones que en él se disputan el dominio, sin mas esfuerzo que el que se experimenta cuando nos dejamos llevar mansamente por el curso de las aguas.

«Leones impávidos los españoles, dice Marchena, para caminar al combate i a la muerte, eran asimismo tímidos corderos ante todo aquello que miraban como sagrado, que en su supersticioso respeto por el monarca llegaban a considerar como fuera del alcance de sus pensamientos».

Considerada la situacion política de España bajo Cárlos V: tenida en cuenta la mordaza que la Inquisicion, establecida por los Reyes Católicos, habia puesto en la boca de los españoles, no tomará de nuevo, repetimos, el que la literatura, i especialmente la poesia, creyesen que no debian penetrar allá donde los poetas de nuestro siglo exploran a cada paso, de la misma manera que el marino moderno la dilatada carrera del océano.

Ante el hombre que decia al arzobispo Carranza que lo único que remordia su conciencia era haber cumplido a Lutero la palabra real que le habia empeñado, con el fin de garantizarle la seguridad de su persona; ante el hombre que llevaba las lecciones españolas triunfadoras hasta las orillas del Elba, hasta las murallas veneradas del capitolio i hasta las ruinas gloriosas donde fué Cartago, ¿cómo era posible que la libertad pudiese hallar idioma en que espresar sus derechos; que el alma diese vuelo a lo que sentia cuando, comprimida por el despotismo, tenia que ceder a la amargura i a las lágrimas?

Solo pensando así puede explicarse por que la literatura de entónces, al paso que se ostentaba majestuosa i brillante como una odalisca en el serrallo, estaba obligada a ocultarse como ella, tímida, ruborosa, cuando salia del centro en que vivia enclaustrada.

Pero la oposicion, a un tiempo que amedrenta el pensamiento, tambien eleva el alma al cielo, tambien la remonta hasta el infinito, i hace que allí, no habiendo podido hallar espacio para sus vuelos en la tierra, estienda sus alas i remede el canto de los serafines.

No queremos decir con esto que la servidumbre sea propicia a

la inspiracion; que el espíritu, constreñido a refugiarse en la contemplacion de los incomprensibles misterios que se operan en la vida de los pueblos, pueda lanzar esas chispas de luz semejantes a las que arranca del pedernal el eslabon por la fuerza de sus golpes; no, nada de eso, pues miramos como indispensable la libertad para el desarrollo del genio en cualquiera de las faces que asuma.

El abate Raynal, hablando de la literatura, dice que muchas veces sirve ésta para dorar los grillos que encadenan a la sociedad; para hacer hermoso el edificio de la tirania. Si no se tuviese en vista mas que hechos aislados, mas que circunstancias particulares que son precisa consecuencia de acontecimientos que solo el filósofo puede apreciar, tal vez llegaríamos a creer como una verdad el sofisma del escritor frances.

No basta decir que la literatura ha florecido bajo los déspotas; que el genio ha desarrollado sus fuerzas, esparcido su jerminal semilla bajo la coyunda de tal o cual tirano, bajo el aire pestífero de la opresion. No basta; porque esas anomalias, que son inconcebibles para los hombres no acostumbrados a pensar, son las incógnitas que despeja el talento ayudado por la luz de la esperiencia.

Si se dice que bajo Augusto hicieron resonar su lira Virjilio Horacio i Ovidio; si se agrega que bajo Cárlos V cantaron Garcilaso i el maestro Leon; que a la sombra de los Felipes vióse ese concierto formado por los Herreras, Riojas, Arjensolas, Quevedos etc., etc.; si se arguye, como una prueba de que el despotismo en nada daña al talento, el que bajo la cuchilla de la guillotina Andres Chénier i Roucher pulsaron la cítara haciéndola vibrar celestes armonias; si se muestran, en una palabra, como testimonio de esta atroz i desconsoladora doctrina, ejemplos parecidos a aquellos en los tiempos modernos i en los dias que atravesamos; si todo eso se dice sin añadir una sola reflexion sobre lo que ya hemos llamado anomalias, de seguro que tendremos que confesar que debemos estos beneficios a las plagas mas horribles que han affijido a la especie humana.

Pero no es así. Si cantaron los poetas; si las artes florecieron bajo el yugo de instituciones obominables; si el talento, a pesar de las ligaduras de bronce que le envolvian, tuvo bastante fortaleza para respirar amordazado, eso no explica ni puede explicar los asertos que combatimos, sino solamente que el genio, a semejanza del éter, se volatiliza, i pasa, a pesar de los obstáculos, a impregnar el aire con su aliento,

Siguiendo este principio, sobre el que hemos insistido espresamente en este estudio, se explica por qué Garcilaso, militar apasionado, como debemos suponerlo, de la grandeza de Cárlos; sin ningun amor por las instituciones liberales; sin ninguna idea de esas que nacen de la misma sociedad entre que se respira, pudiese hacer esas églogas, canciones i sonetos que tanto embelesaron a sus contemporáneos i que tanto nos encantan todavia. Pero aun en ellas ¡cuánto echamos de ménos! ¡cuánto nos hace falta para poder decir que la poesia habia encumbrado su vuelo!

Verdad es que para la pintura de las pasiones, la descripcion de las maravillas de la naturaleza, i el dar rienda a la fantasia por los dilatados campos del capricho, poco o nada se necesita de lo que pedimos i que creemos necesario para formar la esencia de la poesia de nuestros tiempos.

Ciertamente, para la égloga, cuyo interes consiste en pintar las escenas pastoriles, en retratar los juegos i las ocupaciones de los hombres cuyo pensamiento no se eleva mas allá de lo que ven los ojos, mui poco o nada se necesita de ese profundo pensar sobre la vida intuitiva del alma, sobre sus aspiraciones de perfectibilidad, sobre sus esperanzas de independenciam i bienestar, que es lo que ocupa i no puede ménos de ocupar la mente del poeta de este siglo.

Considerada la poesia lírica en este terreno, la España se deja, por cierto, mui atras a las demas naciones, bien se considere el crecido número de sus poetas, bien se atienda al mérito de sus obras.

Cualquiera, para convencerse de esto, solo necesitará comparar las odas, canciones, sonetos i romances de Frai Luis de Leon, de Herrera, de Rioja, etc., etc., con los que pueden presentar los demas pueblos de Europa, excepto la Italia.

«La cancion *A las ruinas de Itálica*, dice Marchena, ni tiene modelo en la antigüedad, ni se igualan con ella ninguna de las odas de Píndaro i Horacio». La preponderancia de la España en este jénero de poesia, a nuestro sentir, viene en gran parte del jenio de la lengua, de esa riqueza de elocucion que puede sacar de ella el que sabe manejarla.

Puede tambien influir sobre esto, el estudio que los líricos españoles hacian de la antigüedad, i que, por consiguiente, debia inspirarles de mui superior manera a la que podian serlo los franceses, ingleses, etc., etc., de ese tiempo.

Ademas, el conocimiento profundo que algunos de ellos tenian

de la literatura oriental, era ya otra ventaja incommensurable. La sublimidad de la poesia hebrea transportada o amoldada al jenio español, no podia ménos que levantar el pensamiento a los mas encumbrados raptos.

No hai mas que leer una oda de frai Luis de Leon para conocer lo que decimos, no hai mas que atender al encadenamiento de sus períodos, al embarazo mismo de la rima causado por la sencillez bíblica que queria imitar, para penetrarse de que el docto i amable religioso estaba mui familiarizado con los poetas del oriente.

Sus odas *La vida del campo*, i *La profesia del Tajo* lo estan diciendo; arrobos del corazon; dulzura ya alegre, ya melancólica; inspiracion profunda; todo se encuentra en ellas i en tan alto grado, que nos hace hasta simpatizar con un hombre de quien nos separa la mármorea muralla de tres siglos. Si es verdad que la imaginacion acorta las distancias, que el jenio no envejece, que es un lazo de amor con que nos liga, léase solo *La noche serena* de este tan ilustre como modesto varon, i dígasenos si el lector, por poco sensible que sea, no se transporta hasta ver el huertecillo que él cultivaba con sus propias manos i del cual brotaban tan perfumadas flores.

La poesia lírica en manos de frai Luis de Leon llegó, pues, a una altura que no es posible traspasar. La fantasia allí se remonta hasta lo sublime, el corazon se dilata en sentimientos tan puros i enardecidos, cual puede serlo el alma humana por la contemplacion del infinito.

La paráfrasis de los salmos, la traduccion de Job, tiene, en sentir de los primeros humanistas, en la lira de este poeta, un acento todavia mas dulce i majestuoso que el que pueden tener en las de los demas poetas sus contemporáneos.

I en efecto ¿cómo pintar mas atrevidamente, con mas verdad, con mas melancolia la inestabilidad de la fortuna, lo frágil i movido de sus favores, lo crudo de sus caprichos i la fugaz evaporacion de los sueños de esta vida? ¿No se divisa en esos versos la grandeza inesplicable de Dios; no se sienten sus atributos; no se teme su justicia; no se ve, en fin, en ellos lo que es el hombre; no se llega casi hasta tocar en esas estrofas el polvo en que se resuelven las grandezas i el orgullo humanos? -

Pero la causa de esta superioridad es forzoso atribuirla tambien a la índole del cristianismo. Si, solo nuestra religion puede presertarse a ese sentimiento que, ora se traduzca en lenguas de fuego para cantar sus inescrutables misterios, ora se convierta en lágrima

mas, siempre sobrecoje el espíritu, siempre se apodera del alma i la lleva a una rejion donde puede mecerse sin despeñarse en los abismos de la inconsecuencia o de la impotencia.

IV

Al lado de este gran poeta vienen otros no ménos grandes. Forzoso era que la España, en el apoje de su gloria, tuviese una orquesta de vates que pudieran cantarla.

Don Fernando de Herrera, sevillano, hombre de estudios profundos, de vastos conocimientos i, sobre todo, del mas esquisito gusto producido por la acendrada lectura que había hecho no solo de los poetas antiguos, sino de los nacionales, era el que debia secundar al Maestro Leon, o, mejor, el que debia completarlo. La musa de Herrera no conoce medida, no halla obstáculo, no se contenta con un solo tono, no saca únicamente sonidos de una sola cuerda; no, que para su inspiracion andaluza no le es bastante todavia la ancha encordadura del arpa castellana. El quiere mas; quiere hacerla que suene como el clarin, como la trompa del guerrero, que imita el estruendo de las armas, que retumbe como el trueno i al mismo tiempo que, suave i melodiosa, llegue a copiar hasta los suspiros de la virjen i el tardo i perezoso vuelo de las alas del sueño.

Los contemporáneos le apellidaron *El Divino*, i en verdad que jamas ha podido aplicarse con mas justicia a ningun poeta este pomposo dictado. Las bellezas de que estan atestadas sus interminables elejias no pueden casi señalarse por separado, pues el lector tiene que verse arrastrado por fuerza a la admiracion de los primores de la lengua, a la contemplacion del ingenio, i a las meditaciones que trae consigo el esfuerzo del hombre cuando ha sido copiosamente favorecido.

En la oda *A la victoria de Lepanto*, segun la opinion de varios críticos, es Moises en el estro, cuando atraviesa el Mar Rojo i ve la mano irritada de Dios haciendo crecer las olas para sumerjir entre sus remolinos a los ejércitos de Faraon. Si llora la muerte del príncipe de Portugal, su instrumento a veces se queja, sus notas son lágrimas, i otras toma el tono de la derrota, i parecele a uno ver correr, en medio de las estrofas, los escuadrones hechos pedazos, destrozadas sus banderas, aniquilado el ardimiento de los guerreros en medio de los ayes i jemidos, i para siempre difunta la antigua grandeza de aquella nacion.

Tal lo juzgan los mas acendrados críticos de España; pero no ha faltado quien le increpe de oscuro, amanerado i en ocasiones de mal gusto. Los que así le motejan, le hacen un crimen de haber, por prurito de imitar a Píndaro, a los Profetas i a Petrarca sobre todo, caído en defectos que amenguan el valor de su númen, quitándole la orijinalidad que habria podido ostentar como su primer mérito.

Entre estos cargos, el que mas se ha hecho valer es el de haber servido, sin quererlo, de modelo a Góngora.

Para nosotros, el *gongorismo* no vino de la imitacion de Herrera; vino del jenio del Maestro, que, demasiado expansivo i voluntarioso, juzgó preciso, para no quedar corto en su vuelo, elevarse al espacio en alas de una imaginacion enloquecida i maleada por falsísima retórica.

El modelo era excelente, si bien digno de alguna censura; ¿por qué entónces cargar a la memoria del gran poeta elejíaco los vicios de Góngora i de su escuela? ¿Cuáles de los infinitos imitadores de Rafael i Murillo han seguido la pauta que quisieron imitar?

Dígase lo que se quiera, don Fernando de Herrera fué el primer poeta de aquella época tan fecunda en grandes ingenios. Petrarca español, como se le llamó, tuvo del gran poeta italiano hasta el amor singular que aquel abrigó toda su vida. La Laura de Herrera fué la condesa de Gelves, Laura quizá mas fria i reservada que aquella.

Sin embargo, atribúyese la perfeccion en la poesia lírica a su compatriota i discípulo Francisco de Rioja, de quien no hai casi un aficionado a la poesia que no sepa de memoria alguna de sus estrofas.

Ciertamente, la lengua no puede llevarse a mayor perfeccion; el ritmo poético, el lenguaje, el estilo, todo es perfecto, i tanto mas de asombrar es esto, cuanto que tenemos que verle al lado de Herrera, del hombre que copió a los líricos italianos, a quienes llegó a oscurecer en ocasiones.

Sobre su cancion a *A las ruinas de Itálica*, ya hemos referido el parecer de Marchena; sobre sus otras composiciones ¿qué poder decir en su elogio cuando no hai autor español ni frances que no haya dado su opinion, que no las haya encomiado i hasta el grado de hacer guardar silencio al mas locuaz de los disertadores?

Mas, si es preciso respetar la opinion ajena, tambien es fuerza decir lo que se siente. Lo que es por nosotros, no podemos establecer esa comparacion entre estos dos modelos, de la que resul-

taria de alguna parte la ventaja. Lo único que podemos es estudiarlos, admirarlos i seguir el impulso del alma al pronunciarnos sobre ellos.

Decimos esto para escusar en lo posible la idea que tenemos i que manifestamos respecto del mayor aprecio, o mejor, del mayor cariño que profesamos al postrero. Sí, Rioja nos embelesa todavía mas que Herrera, nos inspira mas sentimiento, mas tristeza; nos lleva a considerar al hombre i al mundo todavía mas atentamente que lo que puede aquel. Sus versos, aunque no tan majestuosos como los de su maestro, i eso que lo son mucho, tienen mas melancolía, mas de ese tinte que tanto enaltece a la poesía.

La canción de *A las ruinas de Itálica* es un testimonio de esto; se ve el antiguo poderío de esa colonia del pueblo romano, se la ve grande i luego desaparecer hasta tal grado que no parece sino que el eco del dolor debe solo habitar entre aquellas ruinas. ¿A qué poeta no arredra este modelo? ¿A qué poeta no hace suspirar, como dice Quintana de Meléndez, el desconsuelo de no poder encumbrarse tan alto, por fantasía creadora que tenga i osadía para pretender seguirle en su empresa? I hai aquí que anotar como una particularidad que merece tenerse en cuenta, que don Francisco de Rioja fué inquisidor del Tribunal Supremo de Madrid i protegido por el conde-duque de Olivares.

¡Qué dos situaciones tan poco propias para ser poeta de inspiración!

Casi no se concibe como un inquisidor, es decir, un hombre avezado en la perquisición de los crimines contra la fé, o lo que es lo mismo, en el tormento de las conciencias, cuyo proceso solo pertenece a Dios, haya tenido libertad para dar a su espíritu esa dirección tan opuesta a las ideas que debía profesar, conformándose a las exigencias de su empleo.

De manera que para ser poeta en su situación de miembro de aquel tribunal de sangre, i protegido por un ministro que pasó por el prototipo del intrigante i del ambicioso, sin cualidad ninguna que justificase su valimiento, era preciso que el alma de Rioja fuese de un temple muy extraordinario.

Cantar a la Rosa i a la Pobreza en tono i lenguaje que darian envidia al filósofo que pasa la existencia consagrado a las dulces meditaciones de la vida campestre, i al mismo tiempo ejercer un ministerio en que la tortura bajo todas sus formas es la ocupación primordial, el alimento imprescindible, es un fenómeno que hace pensar que en el hombre hai dos naturaleza antitéticas; la del

demonio i la del ángel, lo cual nos llevaria a una especie de maniquismo que seria la mas aterradora amargura del espíritu.

Con estos dos sevillanos, aunque la España no tuviese mas glorias literarias, tendria, de seguro, lo bastante para ser mirada, sino por la primera nacion en la poesia, al ménos por una de las mas agraciadas.

No parece sino que el jenio habia querido llegar hasta una raya que no es posible traspasar. Pero tambien no es dable dejar de condolerse de que esos hombres tan favorecidos por la Providencia no pudiesen espresar las ideas que hoy nos animan, dar cuerpo a la armonia que inspiran los derechos que nacen de la libertad i que solo pueden vivir bajo instituciones amoldadas a la independencia del individuo.

Si no es así, ¿por qué ni Herrera, ni Rioja ni ninguno de los que seguian sus huellas hicieron un solo verso a la memoria de Padilla? ¿No se prestaba ese héroe de los Comuneros a que la poesia glorificase su martirio? ¿No era argumento precioso la vida de aquel grande hombre para una de esas odas que dedicaban a a los reyes, i en las que manifestaban a la par de la inspiracion ese servilismo que tanto repugna en el poeta? Pero ¿cómo hablar de derechos delante del que obligaba la idea del dominio continental, del que hacia arder en las ogueras a millares de víctimas inocentes, de nobles i jenerosos ciudadanos sin mas delito que haber dado algun quejido contra la tirania, todavia mas execrable desde que se cubriria con el manto de la supersticion i de la mentira!

No son, sin embargo, los poetas los que deben cargar con esta culpa; no, la España habia asumido esa responsabilidad; a ella, pues, acusamos; i sino es posible atribuir a una nacion todos los males que llora i que la abaten, no por eso debemos eximir la de reproche.

Despues de los dos grandes poetas nombrados, es forzoso hablar de los dos hermanos Arjensolas, quienes se ligan a los anteriores por la hilacion histórica de la poesia. El jenero de sus escritos es diferente, asi como lo es el carácter de su jenio i el juicio que la posteridad ha formado de ellos.

Efectivamente ¿cómo comparar el fuego, la vivacidad, el estro sevillano de Herrera i Rioja con la fria circunspeccion i el mesurado i sentencioso decir de estos dos aragoneses tan entonados i desabridos?

Cuando se medita que sus contemporáneos les apellidaron *Los*

Horacios, sin mas razon que las graves i a veces mordaces sentencias en que ambos abundan, sin mas motivo que el diestro manejo que habian hecho de la lengua, i, sobre todo, por ser patrocinados por el conde de Lemus, que los protejió tan jenerosamente, uno se ve obligado a pensar que el famoso siglo de oro no estaba escaso de jactanciosos calificativos, ni se dejaba llevar ménos de la posicion social para conceder los laureles de la fama, que el siglo en que vivimos.

Con todo, el juicio recto, el acendrado gusto jamas faltan a estos poetas, en quienes puede verse que la razon, ayudada del estudio, suple muchas veces al ardor de la fantasia i usurpa en muchas ocasiones el premio que se debe al verdadero vate.

Como consecuencia de su espíritu concentrado i meditativo, las reflexiones morales de que estan atestados sus innumerables tercetos i sonetos, son a veces altas, trascendetales i hacen, por lo mismo, que se les lea con gusto.

«En la poesia lírica son fáciles, cultos, ingeniosos, dice Quintana; pero jeneralmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasia». Nada hai mas verdadero que este juicio. Con solo leer unos cuantos versos de Bartolomé i Eupercio nos convencemos de esto: razon, estudio, elocucion fácil i castiza, lenguaje jeneralmente robusto, versificacion casi siempre bien torneada, i paremos de contar. Lo que es vida, lo que es ese ardor del poeta que hace al lector olvidarse de la persona i lo impele a que le siga por el dilatado vuelo de su jenio, a que le acompañe en sus transportes, a que le haga coro con sus lágrimas; todo esto decimos es imposible hallar en aquellos literatos, no importa cuanto de ellos dijeron sus contemporáneos, ni cuantos elojios exajerados merecieron de Lope de Vega i de Cervantes.

En la sátira es donde mas luce la vena poética que tenian; pues, como sabemos, la crítica de los vicios, la pintura del ridículo, que casi siempre acompaña al hombre hasta en sus hechos mas dignos de alabanza, no necesita tanto de fantasia como de observacion juiciosa i precisa.

Pero aun en esto, todos los mejores críticos están acordes en negarles la valentia de Juvenal, a quien quisieron copiar especialmente, i la concision i verdad de Horacio, modelo que adoptaron en la forma, i modelo al cual, como ya lo hemos dicho, no se tuvo reparo ninguno en compararles.

En la tan famosa sátira de la *Marquesilla* de Lupercio está probado lo que asentamos; su inútil introduccion i, mas que esto, esa

prolija narracion de asuntos que nada dicen, aféanla de tal manera, que no creemos que aficionado alguno a la poesia la haya leído toda entera.

Igual cosa piensan los críticos de Bartolomé, cuando se da a fabulista, cuando en su apólogo de *El Águila i la Golondrina* se echa a nadar en una descripcion tan minuciosa como cansada de las aves, que solo vendria bien en un libro de zoolojia, i no puede ménos de importunar en una composicion poética.

«Para la sátira, dice el mismo Quintana, tantas veces citado, es preciso hacer flechas; es necesario que los dardos hieran i vuelen; i esto es cabalmente lo que no quisieron o no pudieron observar los acompasados escritores, que, segun Cervantes i Lope, habian venido de Aragon a enseñar el castellano a los discípulos de Garcilaso i de Herrera».

Pero en medio del ripio de los pensamientos, de la cargazon de las sentencias, uno pudiera ver siquiera indignacion contra el vicio; entusiasmo i alabanza por la virtud; ardor, aunque fuera postizo, para exitar a seguir los buenos ejemplos i retraerse de la mala senda; pero no, solo hallamos doctrina sobre doctrina, sentencia sobre sentencia en aquellas sátiras, en que no se columbra siquiera el nervio de los modelos que quisieron imitar, ni de las cuales se puede sacar ningun pasaje para ponerlo en parangon con los del mismo Quevedo, a pesar de lo afeados que estan casi todos estos por sus innumerables adefesios i chocarrerias.

Sus sonetos, que tantos admiradores tuvieron i tienen, podemos asegurar que jamas nos han hecho la menor impresion, i que, por lo mismo, los creemos mui inferiores a los de Lope, Quevedo, del propio Góngora, cuando no se apartan mucho de la senda del buen gusto.

Lo mas estraño es que estos gemelos en gloria, lo fueran tanto en el jenio i carácter de sus obras. Bien Lupercio de preceptos de moral, fundándolos solo en la razon; bien Bartolomé entronque sus sentencias con ideas relijiosas i máximas sacadas del espíritu del cristianismo, siempre los dos hermanos son los mismos: idéntica frialdad, igual reserva, igual medida, como iguales, i siempre dignos de alabanza, por el mismo acendrado buen gusto i la misma campanuda i acompasada elegancia.

Por fin, los Arjensolas, si no son lo que en su tiempo se dijo, siempre tendran un valor en la historia de la poesia, i mucho mayor precio para nosotros, que tanto abandonamos las reglas de la gramática, aun las mas esenciales del buen gusto, que son indis-

pensables para todo aquel que aspira a penetrar en el santuario de las musas.

V

Discípulo del menor de éstos fué don Esteban de Villegas, jóven de ingenio i admirables dotes poéticas, cuya aparicion en la lisa de la literatura fué entónces una novedad, por no decir un verdadero escándalo. Se presentó como un sol que debia apagar con sus rayos todas las estrellas que lucian en el cielo de la literatura española. Como era natural, le acribillaron a fuerza de pullas i sarcasmos. Tanta petulancia era sobremanera irritante, i así fué que Góngora, Lope, etc., cayeron sobre él aplastándole con su fama.

Empero, entre tanta osadia, tanta presuncion ridícula, divisóse desde luego que habia en el alma del que se decia *Sol de los ingenios*, esa chispa sagrada que mui pocos consiguen hacer descender del cielo, i que ha dado lugar a que se califique con justísima razon a la cabeza que la sustenta con el altivo dictado de *Mens divinius*.....

La anacreónica, que forma un ramo separado de la poesia lírica, no habia tenido en España hasta Villegas un intérprete, i eso que Garcilaso, Herrera, Rioja i los Arjensolas habian sido mui capaces de amoldar su numen al diapason del lírico griego. Esta ya era una ventaja, i por esto solo se concibe que el nuevo adalid, a pesar de todas las críticas que habia hecho falminar sobre su cabeza, obtuviese en la poesia un lugar que, de cierto, nadie se atreverá a disputarle sino Meléndez.

En sus *Delicias* que fueron, como él mismo dice:

A los veinte limados,
a los catorce escritos.

hai, en realidad, dulzura i elegancia que admiran; un no sé qué de infantil sensibilidad que nos obliga a disculpar al que se habia calificado tan enfáticamente, como el astro rei de todos los poetas de su tiempo. La pintura del pajarillo, a quien un labrador arrebató el nido tan amado, está llena de ternura, i el final de ella es una pincelada que la querrian para dar remate a sus cuadros los primeros poetas.

A pesar de esto, equívocos de mal gusto, pensamientos alambi-

cados, agudezas forzadas i retruécanos tan sutiles como empalagosos, vienen a afean de tal modo tantos bellos versos, que no se puede ménos de lamentar este extravio, atribuyéndolo a la corta edad i al jenio jactancioso que habia recibido de la naturaleza. El mérito de sus anacreónticas, fuera de los lunares que hemos señalado como comunes a todas sus composiciones, es, sin embargo, indudable, i a él debieron estar agradecidos los que mas tarde lucieron su vena poética en este jénero tan encantador como difícil. Como era natural, la falta de erudicion, de manejo de la lengua, de conocimientos poéticos, fueron causa de que no pudiese sacar iguales ventajas de la poesia grande, es decir, de la oda, elejia, etc., etc. I esto se esplica perfectamente, pues la facilidad i destreza que requiere la versificacion de tan alto jénero, como asimismo la profundidad de que debe estar animado el poeta, no eran compatibles con la extrema juventud de un mozo cuyo carácter petulante i ardoroso parecia desviarle de un estudio serio, paciente i concienzudo.

No contento con tocar los metros en que Herrera i Rioja habian dejado modelos, no decimos superables, pero ni aun capaces de ser imitados, tuvo la pretension de querer acimatar en la poesia castellana el exámetro i el dístico latino. Por supuesto, la diferencia de los idiomas, la índole de la sintaxis castellana no se presta a esta aclimatacion; así no es extraño que los ensayos de estos nuevos metros fuesen tan desgraciados, que despues de él no tenemos noticia de que haya contado con secuaces en este pensamiento.

Asombra, en verdad, que el terceto, la silva, la octava, todos los metros, en fin, que habian lucido los primeros poetas italianos parecieranle a Villegas cortos todavia, estrechos para dar vuelo a su inspiracion, a las ideas de una cabeza que no podemos suponer, por bien organizada que la creamos, capaz de concebir nada nuevo despues de lo que habian dicho sus antecesores.

Es verdad que en los sáficos ha dejado muestras preciosas; pero con todo, i a pesar de la analogia que tienen con los endecasílabos, ese jénero no ha tenido hasta ahora sino mui pocos imitadores, i esos no felices, jeneralmente, ni bien apreciados, a causa de su estremada dificultad, de su embarazo, que por cierto no compensa las bellezas que puede sacar de ellos el oido mas ejercitado.

Por ese entónces principió a jeneralizarse en la poesia castellana el uso del *romance*, el cual no era otra cosa que las antiguas coplas en que se cantaban las hazañas de los caballeros andantes.

Acrisolada ya la lengua a fines del siglo décimosesto, enriquecida la mente del vate con todos los conocimientos que se habian hecho en la literatura i en las ciencias, es claro que, pulidas las toscas e informes producciones de los primeros siglos de la poesia, pudiesen presentarse como modelos dignos de imitacion. Fuéronlo así en realidad, i los *romanceros* que por entónces se publicaron, fueron como la pauta que tuvieron delante los que quisieron continuar la verdadera poesia lírica castellana. Destinados al canto, i por eso propiamente líricos, preciso era que la fluidez, la elegancia i la armonia fuesen mui superiores en este jénero de composiciones.

Por otra parte, lo dramático de la forma dábales, no obstante que no puedan competir en elevacion con la cancion i la oda, un interes que no pueden tener estas, i que los hace, por lo mismo tan populares i tan atractivos.

La historia de España, mejor que la de ningun otro pueblo, podia prestarse a ser esplotada por el romance. La civilizacion española, mitad árabe, mitad goda, era indudablemente un manantial perenne de inspiracion.

I ¿cómo no habria podido ser así? La dominacion de los árabes habia impreso en el carácter una fisonomía propia cuyos rasgos se sienten, i parecen hacer contraste mui marcado con el jenio de los habitantes de las provincias en que la media luna no pudo echar abajo la cruz i poner, en vez del evangelio, la cimitarra de Mahoma.

Los pueblos meridionales de España que habian adoptado las costumbres arábicas, que eran árabes ya porque en sus venas corría unida con la sangre de Pelayo la sangre de los Boabdiles ¿cómo era posible que dejasen de hallar material en su propia historia, de suyo tan graciosa i poética, para dar ocupacion a la fantasia? De aquí viene que los romances se dividieran en moriscos i pastoriles i que la poesia, ataviada, ya con la pedrería de la diadema despedazada de los moros, ya con las flores de los campos, tomase ese color tan dramático i brillante i ese perfume que llega hasta retratar a los sentidos el aroma de los jardines.

Disfrazados el amador de zegri o abencerraje, era necesario que cantase a su amada trovas propias de un Almanzor o de un Aliatar; era preciso que sus endechas, bien se preludiasen en el arpa o en la vihuela, fueran tan transparentes como el azul del firmamento i tan suaves i voluptuosas como los ojos de una odalisca.

Si no contento con esto, queria cantar como los pastores al son

de la zampona, era asimismo forzoso que sus cantos tuviesen el embeleso de la tranquilidad campestre, la verdura de la primavera, los fuegos del estio i el canto de la naturaleza ornada de todo su lujo, ora en los mas erguidos árboles i empinadas montañas, ora en la corriente torrenciosa de sus rios i las tranquilas linfas de la laguna.

Los romances que debemos a Lope, bajo el seudónimo de Belardo, son los mas hermosos que tiene la lengua castellana; i es de advertir que Góngora tiene algunos tan bellos que parecen no dejar nada que desear al mas descontentadizo i frio de los lectores.

Aquel en que este pinta los caprichos de la fortuna i la volubilidad de los gozes, la rapidez de la vida, lo quimérico de la esperanza, la persistencia del mal, tan apegado a la humana naturaleza como la hidra al olmo que la sustenta, es de una galanura, de una lozania de una elegancia tan pura, que puede leerse mil veces con placer i siempre con aprovechamiento. Pero cuando este jenero de composicion llegó a su apojeo fué en la época, segun lo asienta el autor que tantas veces hemos citado, en que Lope de Vega, Liaño i otros desconocidos, no se habian dejado arrastrar todavia por los errores del mal gusto. «Esta época, añade el mismo crítico, comprende la juventud de Góngora i de Quevedo, i termina con el principe Esquilache, que fué el único que desde ellos acertó a dar a los romances el colorido, la gracia i la lijereza que antes tuvieron».

Sin embargo, a pesar de la soltura que se habia logrado imprimirle, la corrupcion jeneral del gusto, las malas doctrinas literarias que inficionaban ya la poesia hicieron que su elegancia i gracia dejerasen en desaliño, en trivialidad, no obstante los juegos de palabras i equívocos conceptuosos con que se pretendia mantener su dignidad i elevacion. Así es que los poetas que terminaron aquella época, aunque mas fáciles i numerosos en su diction i mas orijinales en el pensamiento, introdujeron en el romance los vicios que despues enlodaron la poesia en jeneral o, mejor, la sepultaron a fuerza de querer rejuvenecerla con malos alimentos i peores i mas ridiculos atavios.

VI

Existian en esta época los tres hombres que, al parecer jeneral, han reunido mas fecundidad, mas viveza, mas inspiracion para colorir sus impresiones. Eran éstos Balbuena, Jáuregui i Lope de Vega.

El primero, autor del famoso *Bernardo* i del *Siglo de oro* era, en realidad, todo un poeta. Imajinacion ardiente, corazon apasionado, facilidad para explicar con coraje lo que sentia; en fin, todo lo que se necesita para ser un verdadero poeta lo tenia este hombre a quien Hermosilla, con su despotismo retórico, ha querido colocar en la picota del ridículo.

A Hermosilla han hecho coro otros críticos, por supuesto mui inferiores en jenio al hombre a quien despedazaron por pura malevolencia i pedanteria.

Educado en el nuevo mundo, respirando desde temprano ese aire que solo un suelo como el americano puede despedir de sus flores; contemplando desde niño las mas fragosas sierras, los mas caudalosos rios, los árboles mas frondosos, la vejetacion mas copiosa que tiene el globo; era natural que se inspirase de una manera mas ancha, mas irregular, ménos acompasada que los demas.

En efecto, desde la montaña hasta la floresta, desde el mar hasta la laguna, desde el mas atendido i pintoresco collado hasta los páramos mas desnudos i desconsoladores, han debido inspirarle; sí, le inspiraron, i tanto, que en medio de su rica i copiosa rima, de su a veces elegantísima dicción, parece un americano que quisiese cantar los prodijios de la naturaleza de nuestro continente en robustos i bien torneados versos castellanos.

Que el *Bernardo* tenga escenas grandísimas, descripciones inoportunas, que en él se encuentren matáforas que el buen gusto repugna, versos cuyo descuido i desaliño afean las muchas e innegables bellezas del poema; que todo esto i mas pueda achacársele por los preceptistas ¿qué es todo ello, al lado de las mil bellezas, de las mil preciosidades, que podemos ver en esta obra, que se apellida monstruo por los clásicos, i que nosotros tambien clasificaremos con el mismo nombre, pero no para motejarlo con ese rigor, sino para decir que no debe sujetársela a esa cama de Procasto, ea que Zoilos como Hermosilla se han complacido en cortar los robustos miembros de tanto atleta, rabiosos de no dar siempre con amanerados pigmeos?

Al lado de Balbuena es menester colocar a Jáuregui, el donoso traductor del *Aminta*, el poeta florido i versificador elegantísimo, el que quizá supo espresar con mas donaire sus delicados pensamientos entre todos sus contemporáneos.

Mas éste, desgraciadamente, debió, como aquél, rendir párias a la moda; pagar ese tributo a la miseria de la sociedad, que llega en su delirio, muchas veces, hasta tomar por belleza lo que la

rompe de frente i a huir del buen sentido para echarse en brazos de los mas repugnantes absurdos.

Pero quien debia hacernos deplorar este abuso; del jenio o esta sujecion a la corriente tortuosa que la sociedad suele imponer hasta al sabio, fué Lope de Vega.

La naturaleza habia concedido a este hombre extraordinario cuanto podia conceder al mas querido de los mortales. Entre sus innumerables dotes de poeta habíale dado la facilidad de escribir lo que queria i cuanto queria, a todas horas i en el tono i lengua que mas le agradaba. De manera que desde el idilio i el romance podia remontarse a la cancion, a la elejia, a la oda, al soneto, con el mismo vigor que nos cuentan tenia la Malibran para hacer recorrer a su voz toda la escala del piano.

Sus obras son infinitas, i por lo mismo, serán mui pocos los que hayan leído una parte de ellas. Cuando se piensa que escribió mas de mil comedias, que hizo por millares sonetos, canciones, odas, romances; que su pluma no descansaba un solo instante; que ya creaba como un ingenio superior i era el modelo mas perfecto de buen gusto; ya traducia i se entregaba despues a los mayores desbarros, uno no puede ménos de sorprenderse, i llega a creer que el buen sentido no es el patrimonio del poeta. Pero no es así; la sociedad en que vivió, los aplausos, muchas veces tan funestos como las censuras, echaron a perder el talento de este hombre que, sin sus defectos, no tendria quizas en nacion alguna quien le igualase.

El mismo explica la causa de sus descarríos; el mismo, con una franqueza que le honra, dice en su égloga a Claudio:

Si no me embarazara el libre cuello
de la necesidad el duro yugo,
por lo que al cielo plugo,
yo viera en mi cabello
algun honor que a la verdad se debe,
que diera verde lustre a tanta nieve.
Del vulgo vil sollicité la risa,
siempre ocupado en fábulas de amores:
asi grandes pintores
manchan la tabla a prisa.

Estos versos citados por Quintana i otros muchos críticos, prueban de sobra lo que decimos, i hacen ver que la moda malea tambien a los mas esclarecidos ingenios.

..... I pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto:

Así exclamaba también en otra parte, i así podrían exclamar los autores modernos que manchan la tabla como él la manchaba; pero todo eso nunca bastará para escusarles de haber malgastado un talento de primer orden.

Para el siglo décimosexto, en que era natural escribir despacio, por cuanto la necesidad no podía ser tan urgente como lo es hoy para los literatos, es, sin embargo, una mayor culpa que para el nuestro.

¡Felices tiempos aquellos! Lope vivió riendo, apellidado el *Fénix de los ingenios*; los monarcas i los grandes le honraron con su admiración; el pueblo le aplaudió hasta el cansancio, i sus funerales fueron un verdadero triunfo.

Se escribieron tomos de versos en su honor; las musas francesas e italianas se dieron la orden de luto, i la España despótica, por fin, no se desdenó de llorar por el que la había encantado con sus acentos.

¿Harían otro tanto nuestros gobiernos republicanos? El poeta, si es pobre, vive despreciado, desconocido, calumniado, i después de sus días tiene que ir a dormir en la fosa común, que es la inclusa donde se arrojan los desperdicios de la miseria humana.

Los condes de Lemos no existen ni en España ni en América; también es verdad que no hai Cervantes, ni Lopes, ni Quevedos; pero siempre hai jenio, i esto bastaría para que el hambre i el abandono no fuesen el pago de la sociedad egoísta.

VII

Introducidos en la poesía, a consecuencia de los hechos asentados, los vicios inherentes a una literatura que iba perdiendo de su majestad i pompa clásicas, justo i muy justo era que se pretendiese levantarla de esa postración, que se tratara de hacerla recuperar el brillo que la había hecho resplandecer hasta entónces.

Movidos de este pensamiento, pusieron a la obra unos cuantos hombres de ingenio i crédito; pero por desgracia, sus esfuerzos, lejos de ser coronados como lo merecían, no hicieron otra cosa que aumentar el catálogo de los males que pesaban ya sobre la poesía. Entre estos, los que aparecen en primera línea son don Francisco

de Quevedo i don Luis de Góngora, jenios ambos de primera nota, con especialidad el primero.

La figura de Quevedo en la literatura castellana es una de aquellas cuya grandiosidad no puede empañar el transcurso del tiempo, ni cuya memoria podrá borrarse mientras exista la lengua de nuestros padres.

Dotado de ingenio asombroso, de fantasia ajigantada, de instruccion vastisísima no solo en las literaturas griega i latina sino en la oriental, en la que, segun la opinion de sus biógrafos, era realmente doctísimo; un hombre de esta especie habria sido una mano poderosa i mas que suficiente para volver a esmaltar la joya de la poesia, ya tan deslustrada i enmohecida. Pero no fué así, por cuanto, olvidándose, por lo jeneral, de sus brillantes dotes, dejóse llevar unas veces casi ciegamente del estragado gusto que habia corrompido su siglo, embutiendo hasta en sus mas bellas composiciones los equívocos mas desatinados, las agudezas mas alambicadas i las chocarrerias mas groseras e indecentes.

I no se diga que el no conocia sus estravios, que ignoraba el papel que debia desempeñar en las letras, pues era, en ocasiones, del mas puro i acendrado gusto, del mas mesurado i donoso chiste, i de una elevacion que acredita los profundos estudios que habia hecho de los mejores modelos de la literatura antigua i de la de su patria.

Por las versiones que hizo de Horacio, se deja ver lo nutrido que estaba de la médula de la literatura clásica; el poeta latino habíale inspirado esa valentia de pensamientos, esa chispa satirica que a veces salta de entre sus conceptos mas sofisticos i alambicados, ese raudal de gracias que corre como de una vena copiosa de donaires i agudezas. En prueba de ello, permítasenos reproducir la traduccion de las primeras estrofas de la oda de Horacio sobre la mediania, en sáficos, como el orijinal, que cita don José de Marchena para probar cómo Quevedo castellaniza las voces latinas cortando la frase, como dice este crítico, enteramente a la española:

Mui mas seguro viviras, Licino,
no te *engolfando* por los hondos mares,
ni por huirlos *encallando* en playa
tu navecilla.

A quien amare dulce mediania
no le *congojan* viles *mendigieces*,
ni le *dementan* con *atruendos* vanos
casas reales.

Mas hiere el viento los erguidos pinos,
dan mayor vague las soberbias torres,
 de las montañas rayos fulminantes
 dan bateria.

Pero todas estas bellezas i todos estos descarríos indisculpables ¿cómo pueden, preguntamos, avenirse en un mismo hombre? ¿Cómo puede concebirse que el que podía dar, i daba con su ejemplo, los preceptos mas puros de buen gusto, diese asimismo, en otras ocasiones, indicios, pruebas, diremos mejor para ser tenido por solo un ingenio sin cultura que a su sola fuerza creadora obedece?

La respuesta a esto puede hallarse en lo mismo que hemos ya dicho al tratar de Lope de Vega: con decir que la sociedad en que vivia vició su gusto, malogró en cuanto pudo sus altas i admirables cualidades; dando lugar, lo que es mas sensible, a que se mire por algunos su memoria como un recuerdo ominoso para las letras.

Infinitos hai entre sus enemigos (digo enemigos porque tambien existen apasionados suyos), que atribuyen la decadencia de la poesia especialmente a él; que le acusan de haber pervertido el decoro de las musas, de haberlas vilipendiado con sus zafias chocarrerías; que hasta le inculpan de haber empobrecido la lengua, privándola de espresiones nobles i majestuosas por el prurito de engalanarla con locuciones viciosas i estravagantes.

Pero figuróse sin duda que el mal introducido por él valia mas que la enfermedad que se habia apoderado del parnaso español; que mas valian esos defectos, de que podía librarse mañana la poesia como de un adorno superfluo, que no la mezquindad i la trivialidad que, a su juicio, le hacian perder la nobleza i majestad heredadas de sus fundadores.

En este concepto juzgó talvez propio i digno el papel que representaba, llamándose a un mismo tiempo el rejenerador de la poesia. Igualmente debieron pensarlos que, con el título de *cultos*, de *conceptistas*, de *equivocistas* i de *sentenciosos*, cometieron otros tantos o mayores desvarios, no pudiendo escudarse contra la censura, como sucedió a Quevedo con las mil bellezas que al lado de sus monstruosidades i adefesios lucen esparcidas en las obras de éste.

Friamente sentencioso, como que profesaba la filosofia estoica; a veces sublime i atrevido, como que interpretaba la escritura; teólogo i filósofo, no es de estrañar que una vez puestos sus pies

en la senda del mal gusto se deslizase hasta tal grado por ella, que ofreciese a un tiempo en el conjunto de sus obras esa mezcla de grandeza i pequeñez, de altitud i rastrería que han hecho que su fama se la disputen, como el cadáver de Patroclo, negando unos hasta su verdadero mérito, i otros enalteciendo como maravillas del ingenio lo que no es ni puede ser sino estragamiento i miseria.

«Su estilo en prosa, dice el autor que mas profundamente le ha estudiado i admirado, en lo serio como en lo jocoso es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, i sacrificando casi siempre la naturaleza i la verdad a la exajeracion i la hipérbole.

«Su imaginacion era vivísima i brillante, pero superficial i descuidada; i el jenio poético que le anima, centellea i no inflama, sorprende i no conmueve, salta con ímpetu i con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida». Tan cierta es esta apreciacion, que uno puede convencerse de ella con solo leer cualquiera de sus composiciones hasta el fin. Tomado aisladamente un trozo, nos encanta la sonoridad, la robustez del verso, lo bien cortado del período; nos admira lo ingenioso del pensamiento, la osadía de la imaginacion; pero observado todo el conjunto, de seguro que la admiracion irá apagándose poco a poco. i tanto, que no volveremos a desear leerlo de nuevo. Si hai autores que ganan, como ciertos hombres, por el trato familiar; que llegan hasta hacerse perdonar sus defectos por el agrado que encontramos en su intimidad, Quevedo, por el contrario, es de aquellos que pierden tratados de cerca; es uno de esos que, mirados con confianza, ocultan sus buenas prendas, por relevantes que sean, i lucen solo sus numerosos defectos.

Viardot i Puibusque, entre los extranjeros, son los que mas han comprendido, a nuestro juicio, el jenio de este poeta, de este filósofo, de este famoso prosista, en quien la naturaleza, pródiga entonces para la España de triunfos i glorias, pareció hacer gala de sus favores. Lo que es por nosotros, creemos que debe estudiarse por todo aquel que aspire al lauro del poeta, a lo ménos para dar valentia al estilo poético, para aprender a compendiar en una frase un bello pensamiento, para conseguir redondear maestramente los períodos, para manejar, en fin, la lengua con desembarazo i gallardía.

Respecto a las acusaciones que se hacen a Quevedo acerca del cinismo en que se empapan sus agudezas, ellas pueden tambien hacerse a todos los escritores satíricos, no solo de ese tiempo, sino

de los posteriores. Mas en esto, i para apreciar debidamente las causas de este vicio que se les achaca, es forzoso remontarse a otras consideraciones mas altas, a reflexiones que solo puede satisfacer el estudio de la situacion política en que se ha hallado España desde el primer monarca de la raza austriaca.

Sabido es que la mayor parte de los escritores satíricos españoles han pecado de truhanes i chocarreros, lo que ha hecho decir a los extranjeros que la gracia no puede ser lijera i pulcra en aquella nacion como lo es en Francia, por ejemplo. Tan desacordado cargo solo puede hacerse ignorando absolutamente la organizacion política de España desde el establecimiento de la Inquisicion, no conociendo a fando ni su historia pasada, ni fijándose en las prendas que constituyen el carácter de sus hijos.

Siendo el depotismo la esencia del gobierno español desde que los Reyes Católicos subieron al trono ¿cómo era posible entónces exigir de los escritores aquellas chanzas cultas, finas, aquellos donaires que recrean la fantasia i hacen retozar en los labios blanda i lijera sonrisa?

La gracia, el chiste pende casi siempre de una alusion que nada dice a primera vista, pero bajo la cual se transparenta el ingenio se columbra aquella inocente mordacidad que las ridiculeces i miserias del hombre suscitan. La gracia no debe verse; debe adivinarse, pues cuanto mas imperceptibles son sus dardos tanto mas seguros son sus efectos.

Los pueblos rejidos por leyes adecuadas a la prosperidad jeneral, que viven bajo instituciones liberales, que de continuo oponen un valladar al despotismo del que ejerce la autoridad suprema, i que, por lo mismo, se encuentran con derecho de reprender con la burla las demasias que se cometen poniendo de su lado a lo que se llama *opinion pública*; esos pueblos, decimos, son los únicos que pueden presentar dechados de donaire, esos chistes que quieren buscar los franceses, tan amanerados hasta en el reir, en los pobres españoles que han jemido durante cuatro siglos bajo la tirania mas dura i el despotismo mas envilecedor i mortífero.

Partiendo de este antecedente, ¿cómo podia el poeta satírico dar suelta a su vena para hacer reir del ministro presumido, del monarca que unia a su devocion sanguinaria i atroz los vicios de un Sardanápalo o las crueldades de un Calígula?

¿Qué chistes de este jénero no habrian valido al poeta el encierro eterno en una mazmorra? Si queria, por ejemplo, ridiculizar al mal sacerdote, al hombre que, olvidado de su ministerio, se entre-

gaba a todas las locuras censurables hasta en el hombre de espada no habria ido a pagar su osadía en las hogueras de la Inquisicion?

Los pueblos libres son los que se esplican con mas vigor, sin tapujos, sin embarazo contra los que juzgan como enemigos suyos.

Las naciones esclavas, por el contrario, ni a quejarse se atreven; i el miedo que les inspira la grandeza i el poder de sus opresores no les deja ni siquiera el valor de emplear las armas del ridículo contra ellos. Sí, los pueblos oprimidos no pueden reir galanamente; i en este punto los españoles quedan mui a salvo de la acusacion que se les hace de no haber sabido usar de la sátira, de no haber dirigido correctamente las armas del chiste.

Siendo así, ¿qué de extraño tiene que Quevedo, no pudiendo atacar nada de lo que parecia ridículo, se pusiese de propósito a escribir agudezas, trazando las bodas de la berza con el repollo, i rebajándose hasta otras insulceses i necesidades todavia mayores?

En *El sueño de las calaveras*, en su *Visita de los chistes*, en las *Cartas del caballero de tenaza* ¿qué es lo que ridiculiza? ¿A quién escarnece? ¿Es a los déspotas, a los perversos que, destinados a dirigir los destinos de la monarquía, la esquilaban i desangraban? ¿Es a la supersticion a la que asesta sus tiros? ¿Es a la pequeñez i miseria de los españoles que besaban humildes i agradecidos las manos que los abofeteaban, i apagaban en su rostro el brillo de sus glorias? Nada de eso: los que merecen sus saetas; los que le inspiran su sátira, son los pobres poetas que han escrito malos versos, que no han podido encontrar un consonante oportuno; son los pobres casados, que, para que sean graciosos, es fuerza que sean cornudos, etc., etc. ¿A qué estan, pues, reducidas la sátiras de Quevedo? A la crítica de los maridos consentidores i fáciles, a la pintura de rufianes i meretrices, de escribanos ladrones, de alguaciles venales i nada mas.

Forzoso, era, pues, que un ingenio tan chispeante como el suyo, no teniendo otros sujetos dignos de su vena, se empequeñeciese hasta el punto de revolcarse en esos lodazales de indecencia i chocarrería. En su situacion no se podia hacer mas; i en tal caso mas le hubiera valido para su fama no envilecer su talento, no prostituir su grandiosa fantasia, ni ménos legar a la posteridad tan mezquinos modelos.

Esta disculpa, con todo, no es estensiva al mal gusto con que vició sus poesias serias, pues siguiendo la pauta de los autores que le habian precedido, habria dejado un nombre preclaro en las

letras i, mas que eso, la gloria de haber sido el restaurador de la poesia de su patria.

Quintana dice en pocas palabras lo que nosotros tendríamos que explicar en muchas pájinas; así, nos contentaremos con copiar estas líneas, que, en nuestro sentir, compendian, no solamente lo que hemos dicho, sino que marcan perfectamente el juicio que la posteridad debe hacer de este hombre extraordinario.

Dice así: «Al encontrar en sus obras tantos pasajes brillantes, despues de tributarles la justa admiracion que se les debe, no puede ménos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, i empleado en equilibrios vanos i suertes de volteador los vigorosos músculos i fuerzas de un Alcides».

A un tiempo mismo que Quevedo procuraba reprimir el mal gusto que, como ya dijimos, habia invadido la poesia, a consecuencia del mal ejemplo dado por Lope de Vega i sus discípulos, otro hombre de un talento superior trataba a su vez i a su manera de poner un dique al torrente que, segun él decia, inundaba la poética castellana. Este personaje era el famoso don Luis de Góngora, fundador de la estravagante secta de los *cultos*.

Lo que realmente pasma estudiando la historia de la poesia española, es ver que Quevedo, apellidado por sus contemporáneos padres de la escuela de los *sentenciosos*, i Góngora llamado a su turno como lo hemos dicho, creyesen levantar el templo de las musas, en su concepto medio derribado ya por los profanadores del arte, al mismo tiempo que, olvidados de sus preceptos i, mas que eso, de toda lei de buen gusto, autorizaban, cada uno a su turno, los mismos desvarios que pretendian estirpar.

Esto mismo intentábalo tambien Lope, i sin querer ni pensarlo tal vez, echaba asimismo a rodar las lecciones que daba, haciendo, como adrede, alarde de idénticos descarrios.

Pero ántes de todo ¿qué vicios eran esos, que en sentir de estos ilustres literatos corrompian la índole jenerosa de la poesia? ¿Cuáles eran esos defectos que la eclipsaban, i amenazaban dar al traste con ella, sepultando los bellos ejemplos dados ya por los célebres líricos anteriores? Al oírlos, uno creeria que la poesia caminaba a la barbarie, que la lengua española no era ya el idioma que habian depurado i acendrado Leon, Herrera, Rioja, etc., etc., sino simplemente una jerigonza indescifrable i vergonzosa. Entretanto, i a pesar de toda esta grita, Cervantes escribia las hermosas pájinas que han sido el embeleso de las jeneraciones pos-

eriores, i que seran siempre el encanto de los hombres de ingenio i de corazon; a pesar de todas estas quejas, los Arjensolas daban diariamente muestras de su copiosa erudicion en materia de lenguaje; Villegas, con sus anacreónticas, sacaba del idioma poético bellezas sin cuento; i Lope, lo mismo que Góngora i Quevedo, mostraban, a un tiempo que lloraban el mal gusto, que eran capaces de arrancar, cuando querian, acentos verdaderamente sublimes de la lira de Garcilaso, ya tan considerablemente encordada i tan diestramente mejorada i pulida.

Pero no; para Quevedo la poesia se vulgarizaba, rastreaaba en la humildad, porque no se empleaba ese lenguaje sentencioso, enfático, cortado, cuyos destellos no abrasan, sino que chispean por intervalos. Pero no; para Góngora la poesia estaba estragada, envilecida, deslustrada, porque Lope i sus imitadores no empleaban los mas sofisticos conceptos, las ilusiones mas enmarañadas, los mas alambicados equívocos, las metáforas mas por los cabellos traídas, i todo ese fárrago de comparaciones estrambóticas, de empalagosos requiebros, que hacen de la mayor parte de las poesias eróticas de ese tiempo un ceston de coplas fastidiosas hasta no poder mas.

Por aquí se verá que ni Quevedo, ni Góngora, ni Jáuregui, que fueron los que se pusieron a la obra de purificar el gusto literario, ya en su sentir tan gastado o corrompido, andaban acertados; pues ni la trivialidad i desmayo que podia achacarse a Villegas, a Lope i sus discípulos, merecian ese tan exajerado concepto, ni mucho ménos el remedio con que se pretendia curarlos, i que solo sirvió para gastar su vida i enterrarla al fin en indigna i vergonzosa tumba.

Siu querer imitar a don Ignacio de Luzan i a todos los demas escritores para quienes la poesia se reduce únicamente a perfectos períodos gramaticales, a exornaciones puramente esternas, a formas fisicamente artisticas; siu pretender ponernos de parte de los intolerantes preceptistas de la escuela creada por Hermosilla; no podemos, siu embargo, acometer la empresa de defender a Góngora en todo aquello que le censuran i motejan distinguidos humanistas i poetas esclarecidos, que pueden corroborar sus lecciones con el ejemplo.

Para Luzan i sus alumnos que se llaman los restauradores de la poesia castellana, Góngora, segun dice Viardot, copiando a la letra en todas sus apreciaciones a Quintana, fué sinónimo de poeta

detestable, i de *corrupcion literaria*, llevada al mas alto punto que pueda figurársela.

I sin embargo, el poeta detestable, el corruptor de la lengua castellana, ofrece en sus letrillas i sus romances, pájinas enteras de versos encantadores, de verdadera poesia, en las que, a nuestro sentir, no ha tenido rival ni compañero. I no es en este jénero solo donde sobresale el eminente poeta, que hai millares de estrofas en sus poesias que pueden testificar que no solo manejaba clásicamente, cuando queria, la lira castellana, sino que hacia remontar su fantasia hasta una rejion donde solo puede encumbrarse el verdadero númen.

Andaluz; dotado de un jenio independiente, de un corazon apasionado i altivo, de un carácter pronto i vivaz, como la jeneralidad de sus compatriotas; poseido ademas de una arrogancia llevada muchas veces hasta la temeridad, ¿cómo no habia de resentirse su estilo i su lenguaje de estas ventajas i de estos defectos, de esta mezcla que no puede esplicarse, sino por aquello de que *cada uno tiene los defectos de sus buenas cualidades*? ¿En cuál de los poetas, esceptuando a Francisco de la Torre, a quien corresponde la palma en el *lirismo* sentimental, podrían encontrarse estancias de mas galanura, de mas bizarría, de mas juego que en éste? ¿No parecen pálidas, sin color, las estrofas tiernas del mismo Villegas, comparándolas a muchas de las de nuestro poeta? En el número, la cadencia, la bizarría, la robustez, ¿tiene a veces competidores? Acordes están Puibusque, Marchena, Quintana, Viardot, etc., etc., en citar como prueba no solo de lenguaje poético, sino de elevacion de pensamientos, muchos versos de Góngora entre los cuales figuran estos:

Rei de los otros rios candaloso
que en fama claro, en ondas cristalino,
tosca guirnalda de robusto pino
ciñe tu frente i tu cabello ondoso.

.....

¿En qué poesias amorosas puede haber imágenes mas oportunas, espresiones mas decorosas, pinturas mas vivas i apasionadas que en aquella en que aconseja a los amantes que no toquen la boca de su amor, porque entre el uno i el otro labio se halla escondida, como entre flór i flor, una astuta serpiente?

«No hai en todo Anacreonte, dice Quintana, un pensamiento tan jentil como el de aquella canción, en que, presentando unas

flores a su amada, le pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban».

Estas bellezas son comunes en el jénero levantado, cuando este hombre, tan ricamente dotado de estro, quiere sujetarse a los preceptos del buen gusto; cuando se olvida del estrambótico papel de novador que quiso asumir, no se sabe por qué, para restaurar el mal gusto de su tiempo.

Si de este jénero volvemos la vista al romance, los ejemplos felices, inimitables que nos ha dejado son sin cuento, como puede verlos cualquiera con leer, en las colecciones de poetas, el primer romance que le venga a la mano. Ya dijimos que el que trata sobre la brevedad de la vida, es de los mejores que tiene el castellano, i, sin embargo, acósanos el remordimiento de haberle dado la preferencia, leyendo despues otros muchos en que campean iguales, por no decir superiores rasgos de jenio i perfecta elocuencia poética.

Si dejamos el petrarquismo, hecho ya una epidemia, al parecer de muchos humanistas, en los poetas de este siglo de oro, forzoso será confesar a Góngora un mérito indisputable en el jénero del romance i un reconocimiento justamente merecido, por cuanto los poetas modernos que se han distinguido en la leyenda, le son deudores de modelos preciosísimos que han debido por fuerza tener a la vista para cortar los suyos.

Con todo, este hombre tan superior, tan bien organizado, tan poéticamente construido, si es posible esplicarse así, desbarra a veces de una manera que causa hastio, que hace hasta olvidar su talento i obliga a que lo acusemos de la muerte que mas tarde apagó la hermosa poesia de Castilla. Si las bellezas que hemos anotado son inmensas, por mas que parezca raro, los delirios i las extravagancias tambien lo son, haciendo con esto que se crean en un solo individuo dos seres enteramente diversos: uno, destinado para enaltecer el idioma del sentimiento, i otro, solo nacido para bastardearlo i envilecerlo.

Pero todos estos descarrios o delirios, si se quiere, no habrian pasado de defectos, aunque reprecensibles, no por eso capaces de constituir una escuela, si una turba de ignorantes presumidos no se hubiese imaginado que podian continuar por la misma senda i atrapar así el renombre de poetas, que solo se da al que ha sido favorecido por la naturaleza mui particularmente, i sabido aprovechar de este beneficio, con el estudio. Góngora, pues, alentado por la pandilla de petulantes que le calificaba de *Padre de los cultos*

de *Injénio sobrehumano*, etc., etc., no oyó o no quiso oír la censura de los hombres de buen gusto, que, sin envidia ni móvil rastrero de ninguna clase, quisieron desviarle de la estraviada ruta.

A pesar de esto, ni Lope con sus consejos i advertencias juiciosas i apacibles; ni Quevedo con sus burlas i chocarrerías; ni Jáuregui i otros con sus amonestaciones i sentencias, consiguieron otra cosa que exasperarle, que irritar su manía i hacerle que, creyéndolos sus enemigos i detractores, descargase sobre ellos toda la mordacidad i acrimonia de su carácter suspicaz i atrevido.

Pero lo mas curioso es que Lope, Quevedo, etc., etc., que se creían a su vez tambien restauradores del buen gusto, i que habian arrojado el guante a Góngora, cayesen a veces en desaciertos que dejaban atras les del poeta censurado, i que prueban, pensando un poco, que el hombre no puede librarse, por muchos esfuerzos que haga, de la necesaria influencia que ejerce sobre él la atmósfera del siglo en que vive.

Lope, que en sus poesias satíricas i en el *Laurel de Apolo* culpaba a Góngora con mas fuerza i acrimonia que lo habia hecho hasta entónces, decia, sin embargo, para pintar la picadura que una pulga habia hecho en el pecho de Leonor:

Picó atrevido un átomo viviente
el blanco pecho de Leonor hermosa:
granate en perlas, arador en rosa,
breve lunar del invisible diente,
Ella, *dos puntas de marfil* luciente
con súbita inquietud bañó quejosa,
i *torciendo su vida bulliciosa*,
en un castigo dos venganzas siente, etc., etc.

¿Puede llegar a mas el desacierto? No hai en este soneto, bellísimo a pesar de todo, mas *culteranismo*, mas *alambicamiento* i extravagancias que en muchos de los tan criticados de Góngora? I Quevedo ¿dónde lo dejamos? ¿Se puede leer una sola de sus Musas sin tropezar a cada paso con monstruosidades semejantes? ¿No estan empedrados hasta sus mejores sonetos con ese cascajo que lastima la fantasia, que irrita el buen gusto, que choca i abruma hasta no poder mas?

Por fin, ¿en qué quedaron los esfuerzos de levantar a la poesia estirpando el vicio del culteranismo? ¿En qué fueron a parar esas tentativas de reforma i depuracion literaria, pretendidas a una por injenios tan sobresalientes como Góngora i Quevedo?

En nada, i propiamente en nada, pues la poesia fué cayendo rápidamente, a consecuencia de los golpes asestados por sus mismos p̄suntuosos sacerdotes i defensores, en un estado de abatimiento consuntivo, que vino al fin a dar con ella entierra.

VIII

Pero es preciso no mirar en esto un acontecimiento aislado, un hecho literario particular i sin trabazon ninguna, porque si así procediésemos, desconoceríamos completamente ese lazo indisoluble que existe entre la literatura de una nacion i el órden político i social que la sustenta.

La literatura, que no es otra cosa que la espresion del estado social de un pueblo, debe seguir, como la sombra al cuerpo, todos los movimientos, todas las faces en que éste se presenta, asumiendo necesariamente cada una de las formas de que se reviste.

De otra manera no es posible comprender la civilizacion: ella es una cadena; rotos sus eslabones, es fuerza que los elementos de vida que cada uno de ellos simboliza i contiene, sucumban. Querer exigir, pues, que la literatura rebose de vida, de lozania, de pureza, cuando el órden social se interrumpe por la corrupcion i envilecimiento de la sociedad, es un absurdo tanto mas chocante, cuanto que es sabido que el hombre no puede ser representado por medió de las letras i las artes sino como es. De esta manera se esplica i comprende cómo bajo el reinado majestuoso i brillante de Carlos V, la literatura española acabó de formarse, depurando el idioma, enalteciendo la mente con las ideas jenerosas de la gloria i del orgullo nacional, excusable, aunque exajerado, en los españoles de entónces por la grandiosidad de sus triunfos.

La literatura, en este período, especialmente la poesia, es el espejo en que se refleja el órden social: grandeza, brillo, ostentacion fastuosa, severidad, valentia, todo eso era la España, i todo eso tuvo tambien aquella.

Bajo su sucesor las mismas cualidades brillan todavia, solo embozadas con el sombrío devotismo del monarca; idénticas deben aparecer i aparecen tambien en las letras i las artes.

Garcilaso es la gloria militar tocando el arpa castellana; frai Luis de Leon el catolicismo uniendo los sonos melodiosos i celestes a los robustos ecos del clarin i la trompa bélicos.

En tiempo de Felipe III, es decir, bajo la tutela del venal i supersticioso duque de Lerma, la literatura principia a cambiar

de aspecto. Su arrogancia i bizarria disminuyen, se siente sobre la frente del poeta, aun en medio de sus amores, resbalar un pensamiento triste; se ve que sus labios no dicen todo lo que siente el alma, que el laud no resuena con el vigor que antes tenia.

Subido Felipe IV al trono de su padre, las musas se creen festejadas; el poeta se hace trovador, espadachin. Quevedo mata a cuchilladas al mal caballero que habia ultrajado a una dama; otros cantan al amor como majos i libertinos; la poesia, en fin, es el retrato de lo que era el palacio del matador del conde de Villamediana. Se hacen versos, se escriben comedias llenas de bravos i de hazañosos paladines, i el monarca i su corte representan a su turno las piezas hechas a escote entre los cortesanos. La profunda tristeza de Felipe IV solo pueden consolarla las musas.

Pero la España, en medio de su trájica decadencia, siempre brilla, i la literatura participa del mismo estado. Los poetas rien de su abatimiento, i plajando al monarca hasta en la majestad con que supo morir asfixiado, por no interrumpir las leyes de la etiqueta, hacen con Quevedo, Góngora, etc., etc., esfuerzos sobre-humanos para sostenerse i espirar no mostrando en el semblante ni dolor, ni flaqueza.

Cárlos II pone el sello a la decadencia política i social de la España. El demente i ridículo monarca sueña a todas horas con brujos, créese endemoniado, júzgase poseido de un meléfico jenio, i la literatura tiene igual suerte; Gracian debe ser el representante de la poesia; es el jenio tambien endemoniado que la representa, i las ciencias, las artes, la gloria, la preponderancia social i política de la nacion doblan la frente, i una noche tenebrosa i afflictiva se tiende sobre lo sagrado i grandioso de aquellos escombros.

Contrayéndonos a la poesia, concluiremos este período copiando de un maestro estas desconsoladoras palabras:

«Así acabó la poesia castellana: en su juventud mas tierna, le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso; en las buenas composiciones de Herrera i de Rioja, se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada; en Balbuena, Jáuregui i Lope de Vega, aunque con alguna libertad i abandono, conserva todavia jentileza i hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorciones a que la obligan Góngora i Quevedo, se abandona despues a la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entónces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas, piedras

falsas i oropel grosero; i vieja i decrepita, no hace mas que delirar puerilmente, secarse i perecer».

Ya lo veis: el retrato de la muerte de la poesia es el perfecto. ¿No lo es tambien, preguntamos, el que al lado de este se hace de la civilizacion española? Léase la historia, estúdiésela, i vendremos a parar por fuerza en lo que hemos dicho: que la literatura debe seguir i sigue hasta el mas leve movimiento del estado social i político que representa, i, por lo tanto, se manifiesta unas veces grandiosa i soberbia, i otras, abatida i rastrera.

Antes de concluir con el estudio de la poesia de este para siempre glorioso i memorable período de la historia de las letras españolas, es forzoso hacer otras reflexiones que se ocurren sin esfuerzo, atendiendo el conjunto de los sucesos políticos que se sucedieron durante el reinado de los monarcas de la raza austriaca.

Ya hemos dicho cómo la libertad política comenzó a menguarse en tiempo de Carlos V i las razones que esplican la decadencia que sufrió la España en su preponderancia política i en su literatna.

Desde el hijo de doña Juana la Loca hasta el enfermizo Carlos II el Hechizado, hai un mundo de hechos grandiosos i mezquinos, un mundo de glorias i reveses, toda la escala, en fin, de prosperidades i desgracias que puede recorrer una gran nacion en el corto período de un siglo.

Estudiar bajo todas sus faces la civilizacion de esta centuria, analizar los fenómenos políticos con relacion a las letras en jeneral, es una obra que demanda un ancho espacio, una tarea que excede la debilidad de nuestras fuerzas.

Lo único que hemos hecho i podido hacer en tal caso es estudiar en globo el espíritu literario de este tiempo, i trazar a grandes toques un bosquejo en que el estudio podrá acabar algunas figuras delineadas apénas i con la necesaria timidez i embarazo que tiene el que se cree solo un aprendiz en el arte.

Siguiendo este principio, haremos todavia algunas observaciones que juzgamos indispensables para finalizar, si no cumplidamente, al ménos de un modo regular el cuadro que hemos comenzado.

Si se estudiá con conciencia la historia de la poesia castellana desde los informes ensayos de sus copleros hasta las mas acabadas composiciones de sus grandes maestros, se verá que nada habia dejado por tocar, i con notable buen éxito, en poco mas de dos siglos; término jeneralmente mui corto comparado con el que han

gastado otros pueblos para acendrar el idioma i dar un carácter propio a su literatura.

Cuando se leen los pobres versos de los siglos décimotercio, décimocuarto i décimoquinto i se comparan con los mui hermosos de ese célebre *siglo de oro*, uno no puede ménos que creer a la España dotada del poder jenerador mas asombroso i fecundo.

I esta es la verdad: la tierra de nuestros padres es la patria del jenio en las artes de imitacion, entre las cuales ocupa el primer puesto la poesia, como hermana predilecta de la pintura i de la música.

I aquí concluyo, señores, pidiendoos escusa por haber abusado de vuestra paciencia, i prometiendooos, si es que Dios me concediese un poco mas de vida, otro trabajo que ponga fin al presente.

